

NÚMERO 81• 3,50€



NATIONAL GEOGRAPHIC

TRAJANO: EL HISPANO QUE GOBERNÓ ROMA

PERICLES

EL TRIUNFO DE LA DEMOCRACIA EN ATENAS

LAS NAVAS DE TOLOSA

LA MAYOR BATALLA DE LA RECONQUISTA

EL REY SOL EL ASCENSO DE LUIS XIV AL TRONO DE FRANCIA

ELIMPERIOMEDIO

Tres siglos de esplendor del Egipto faraónico



NÚMERO 81

Reportajes

30 El Imperio Medio egipcio

Tras el colapso del Imperio Antiguo a finales del III milenio a.C., Egipto quedó dividido en dos. Fue el príncipe Mentuhotep quien, desde Tebas, reunificó el país y dio origen al Imperio Medio, una de las etapas más gloriosas de la historia del Egipto faraónico. POR NÚRIA CASTELLANO

42 Pericles y la democracia

A pesar de los ataques de sus enemigos,
Pericles se ganó el favor popular por
su carisma y en tres décadas llevó a
Atenas a la cima de su gloria, como los
edificios de la Acrópolis se encargan de
atestiguar. POR CARLOS GARCÍA GUAL

52 Trajano, el emperador hispano

Nacido en la ciudad hispánica de Itálica, destacó como general y fue designado por Nerva como sucesor al trono, en el año 98 d.C. Militar brillante y buen administrador, erigió en Roma notables monumentos y fue grandemente elogiado por sus panegiristas. POR JUAN LUIS POSADAS

76 Luis XIV, la toma del poder

Rey de Francia a los trece años, Luis XIV nunca olvidó una infancia marcada por revueltas, intrigas y desaires. Así, tras la muerte de su madre, Ana de Austria, y del cardenal Mazarino, en 1661 asumió todo el poder y proclamó: «el Estado soy yo». PORMARÍA LARA MARTÍNEZ







Secciones

10 ACTUALIDAD

17 PERSONAJE SINGULAR

María Pacheco, la última comunera

Tras la derrota comunera en Villalar, en 1521, María Pacheco lideró la resistencia de Toledo contra las tropas de Carlos V. Exiliada en Portugal, murió pobre, sin lograr el perdón real.

88



Pirro en Italia: el terror de Roma

El ambicioso rey de Epiro fue llamado por las ciudades griegas del sur de Italia para luchar contra Roma, a la que venció a costa de grandes pérdidas. Al final fue expulsado de Italia en 272 a.C.

26 VIDA COTIDIANA

El toreo en el siglo XVIII

Aunque ya existían en la Edad Media, las corridas de toros como espectáculo de masas se desarrollaron a mediados del siglo XVIII, con los toreros como grandes ídolos populares.

88 GRANDES DESCUBRIMIENTOS

El tesoro anglosajón de Sutton Hoo

En 1939, el arqueólogo británico Basil Brown desenterró en la localidad de Sutton Hoo, en Suffolk, un barco funerario del siglo VII, que contenía un espléndido tesoro.

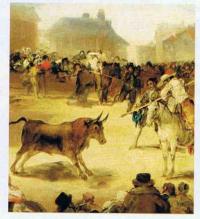
92 LIBROS

96 AGENDA

10



17



26

www.historiang.com Consulte los contenidos en nuestra web. Síganos también en Facebook y Twitter



LA REINA MÁS RETRATADA

ISABELI fue la única hija de Enrique VIII y Ana Bolena. Su reinado (1558-1603) fue uno de los más largos y prósperos de la historia de Inglaterra, y la soberana se hizo representar en infinidad de suntuosos retratos para celebrar sus éxitos políticos. En algunos de ellos se incluyeron joyas o bordados en forma de serpiente, como en el que pintó Marcus Gheeraerts (conservado en Hatfield House); en este caso, el animal, bordado en una manga, representa la prudencia y la sabiduría. Pero la serpiente ahora descubierta podía prestarse a interpretaciones menos favorables.

RETRATO DE LA REINA ISABEL I, CONSERVADO EN LA GALERÍA NACIONAL DE RETRATOS, LONDRES.



Inglaterra Tudor

El símbolo oculto de un retrato de Isabel I

Un análisis de rayos X ha revelado que, originalmente, la reina sostenía en su mano una serpiente y no un ramillete de flores

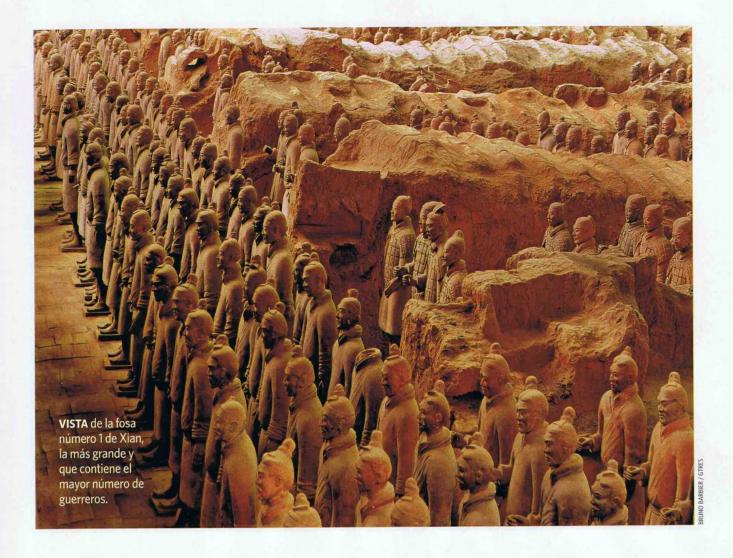
A PARTIR del análisis de rayos X un artista ha reconstruido la imagen de la serpiente en el retrato, que tenía un aspecto muy realista. El análisis también ha mostrado que el retrato de Isabel se pintó encima de otro retrato femenino, de identidad desconocida, realizado unos años antes. No es algo extraño, ya que los artistas de la época reutilizaban con frecuencia sus óleos.

DETALLE DE LA SERPIENTE QUE SE OCULTABA BAJO UN RAMILLETE DE ROSAS EN EL RETRATO DE LA REINA ISABEL I. n estudio mediante rayos X y con tecnología de infrarrojos, realizado por expertos de la Galería Nacional de Retratos de Londres, ha deparado una sorpresa a propósito de un conocido retrato de Isabel I: donde ahora se contempla una suerte de ramillete de rosas sostenido por la reina, el artista pintó originalmente una serpiente negra, con escamas verdeazuladas, que se enrosca sugestivamente en la mano de la soberana.

Un artista arrepentido

Al parecer, este cambio fue realizado por el mismo pintor, un artista desconocido que compuso el cuadro entre 1580 y 1590. Se desconoce el motivo exacto de este pentimento o rectificación sobre la

marcha. Según el historiador David Starkey, experto en el arte del período Tudor, la serpiente tenía un significado dual en la época. Por un lado podía aludir a la sabiduría, y seguramente éste era el significado que le quería dar el artista. De hecho, la reina Isabel llevaba a menudo vestidos y joyas con figuras de serpientes, aunque no hay otro ejemplo de este animal en un retrato. Pero, como dice Tarnya Cooper, conservadora de la Galería Nacional de Retratos, la serpiente también era símbolo del pecado, lo que podía resultar chocante para la sociedad puritana del siglo XVI. Tal vez por ello, el artista decidiera borrarla. La Galería Nacional de Retratos exhibe la obra en una exposición que puede visitarse hasta el 28 de septiembre.



Atigua China

Nuevos guerreros de terracota en Xian

Los arqueólogos han desenterrado 120 nuevas estatuas en una de las fosas que rodea la tumba del primer emperador de China

as excavaciones arqueológicas que se vienen realizando en la ciudad de Xian, en las fosas que contienen el impresionante ejército de terracota que guarda la tumba del primer emperador de China, Qin Shi Huang Di (221-210 a.C.), siguen dando frutos. La última campaña se inició en junio de 2009 y desde entonces han ido apareciendo nuevos soldados. Ahora, las autoridades chinas acaban de anunciar el hallazgo, en un área de excavación de 400 metros cuadrados, de unas 120 nuevas estatuas nuevas, que se suman al total de 8.000 que se han extraído hasta la fecha.

Entre las nuevas piezas exhumadas destaca la figura de un general, reconocible por su mayor altura (1,90 meLAS FIGURAS de los soldados del ejército de terracota estaban, en origen, pintadas de vivos colores. Pero al ser desenterrados pierden la pigmentación en contacto con el oxígeno. Por ello, los científicos estudian una técnica segura que permita su conservación. En la imagen, reconstrucción de un general con sus colores originales realizada por National Geographic.

tros). Porta asimismo un pequeño escudo de una factura delicada y precisa, que es indicativo de la importancia del personaje, según ha anunciado el subdirector de excavaciones del Museo de los Soldados de Terracota, Shen Maosheng. Se trata del décimo general desenterrado desde el descubrimiento casual del ejército de terracota en 1974 por campesinos de la localidad, y ha aparecido en el centro de la zanja abierta por los excavadores, de 20 metros de largo por 3 de ancho, rodeado por los restos de un carro.

Un premio a la constancia

El anuncio de estos últimos hallazgos viene a coincidir con la concesión del Premio Príncipe de Asturias 2010, en su categoría de Ciencias Sociales, a los soldados de terracota de Xian. Se trata de un oportuno reconocimiento al trabajo de excavación y restauración que están llevando a cabo desde hace años el equipo de arqueólogos y científicos chinos que trabajan en Xian, dirigidos por Liu Zhangheng, así como a su considerable labor de divulgación de este espléndido tesoro, Patrimonio de la Humanidad desde 1987.



Antiguo Egipto

Más hallazgos bajo las arenas de Egipto

Arqueólogos españoles reexcavan la tumba del visir Huy, mientras aparece otra en Saggara y varias momias en Fayum



rqueólogos del Instituto de Estudios del Antiguo Egipto (IEAE) han realizado importantes descubrimientos durante las excavaciones llevadas a cabo en la tumba del visir Amenhotep, más conocido como Huy, que vivió en tiempos del faraón Amenhotep III (1402-1364 a.C.), en la necrópolis de Tebas, en la orilla occidental de Luxor.

El Dr. Francisco Martín Valentín y la Dra. Teresa Bedman, directores del proyecto, han presentado en Madrid los resultados de la primera campaña de excavaciones. Según los investigadores, al parecer, Huy empezó a construir su tumba cuando fue nombrado visir del Sur y se convirtió en uno de los hombres más poderosos del reino. La tumba

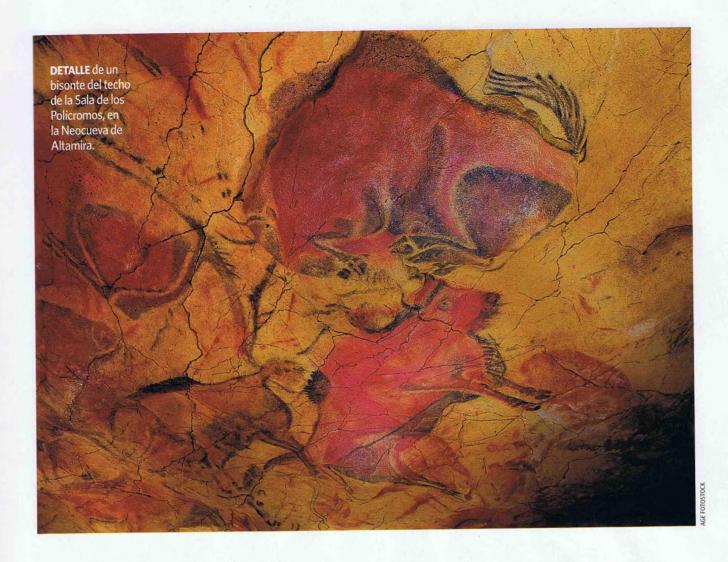
se encuentra inacabada lo que podría indicar, según Martín Valentín, una caída en desgracia del personaje. Se sabe que tras la muerte del rey y el ascenso al trono de su hijo Akhenatón, impulsor de una reforma religiosa que impuso al disco solar Atón como dios único, Huy permaneció fiel al culto de Amón y eso pudo causar su final.

El equipo ha descubierto en la tumba 4.000 piezas entre huesos, fragmentos de papiros, cuentas de collar, vendajes de momias y varias figuras, entre las que destaca una gracil figurilla femenina tallada en un colmillo de hipopótamo. Está previsto que las excavaciones se reanuden a partir del mes de octubre.

Más descubrimientos

Por otro lado, arqueólogos egipcios han descubierto en la necrópolis de Saqqara una tumba de grandes dimensiones perteneciente a Petah Mis, un general egipcio que vivió durante la dinastía XIX (1305-1186 a.C.). En la tumba, saqueada en la Antigüedad, se han hallado estelas funerarias en las que aparece el difunto con su familia haciendo ofrendas, y también varias estatuas, algunas completas, de Petah Mis, su esposa y su hija.





Arte rupestre

La cueva de Altamira abrirá con restricciones

El Patronato del Museo de Altarmira aprueba estudiar un régimen restringido de visitas a la cueva, cerrada desde 2002

Antes de su

la cueva de

cierre, en 2002,

Altamira llegó a

visitas al año

registrar 175.000

as pinturas de la cueva de Altamira, consideradas como la Capilla Sixtina del arte rupestre, podrán visitarse de nuevo próximamente, aunque con restricciones, según ha decidido el Patronato de Altamira. La cueva, Patrimonio de la Humanidad desde 1985, se cerró al público por primera vez en 1977 dado el progresivo deterioro de las pinturas a cau-

sa de la afluencia masiva de visitantes (se llegó a las 175.000 visitas al año) y fue reabierta en 1982 con un régimen restringido que estuvo vigente hasta 2002, año en que se decidió volver a cerrarla. Desde entonces, más de 2,5 millones de personas han visitado una réplica exacta de la cueva, la Neocueva, pintada por Pedro Saura y Matilde Muzquiz, situada en el Museo Nacional y Centro de Investigación de Altamira.

Una decisión polémica

Un Informe del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), pu-

blicado en el mes de abril, alertaba de los peligros de volver a abrir al público la cueva. Según el informe, la entrada continuada de visitantes puede provocar un nuevo cambio microambiental v la proliferación de microorganismos que afecten de un modo irreversible a las valiosas pinturas, de entre 14.000 y 20.000 años de antigüedad. La cuestión que debe debatirse ahora es cuántas personas podrán acceder a la cueva sin que ello afecte a su conservación. Juanjo Damborenea, vicepresidente de las áreas científicotécnicas del CSIC, explica que es muy difícil fijar una cifra, aunque reconoce que, a pesar de los peligros, si las medidas correctoras que se llevan aplicando en la cueva continúan, las pinturas podrán seguir en su estado actual durante mucho tiempo.

Ahora toca decidir cuándo y en qué condiciones podrá visitarse la cueva, y para ello el Patronato de Altamira ha creado una comisión de trabajo. Se instalará en la cueva una tecnología que permitirá medir el impacto sobre las pinturas de las primeras visitas, que probablemente tendrán lugar a finales de agosto. En noviembre, un informe con las primeras conclusiones del grupo de trabajo será estudiado por el Patronato y se decidirá un régimen de visitas que sea aceptable para garantizar el buen estado y la conservación de esta joya del arte rupestre.



Corona de Aragón

Restaurado el panteón real de Santes Creus

En el monasterio cisterciense se han restaurado los sepulcros de Pedro III, cuya tumba estaba intacta, Jaime II y Blanca de Anjou

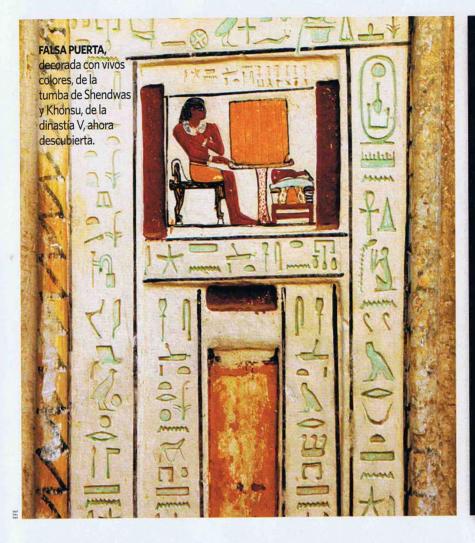
ENLAS TUMBAS predominan el azul, el rojo y el dorado. También se ha constatado el uso de la pintura al óleo. Según Javier Chillida, director de la restauración (en la imagen), se trata de una de las primeras obras catalanas en las que se usó esta particular técnica.

as tumbas de los tres reyes de la Corona de Aragón que reposan en el panteón del monasterio de Santes Creus (Tarragona), lucen en todo su esplendor tras la restauración promovida por la Generalitat de Catalunya con motivo del 850 aniversario de la construcción del monasterio cisterciense. Se ha utilizado un reluciente barniz con matices dorados para embellecer los sepulcros de Pedro III el Grande (1240-1285), su hijo Jaime II el Justo (1267-1327) y la esposa de éste, Blanca de Anjou (1283-1310). También se ha empleado en la única tumba del panteón que no contiene los restos de un personaje de sangre real: la del almirante Roger de Llúria, que luchó contra los franceses por cuenta del rey

Pedro II. La restauración ha permitido comprobar que la policromía del panteón real es la original de la época, y data de finales del siglo XIII o principios del XIV. La construcción del panteón real fue iniciada en el siglo XIII por Jaime II, que lo concibió como lugar de descanso eterno para los restos de su padre, Pedro III el Grande, fallecido seis años antes.

La dieta del soberano

Los trabajos de restauración han confirmado que la sepultura del rey Pedro III es la única tumba real de la Corona de Aragón que no ha sido profanada y sigue intacta desde hace más de 700 años. El proyecto ha incluido la apertura del sepulcro, donde se ha localizado el cuerpo momificado del monarca, tal y como mostró una endoscopia previa realizada con una pequeña cámara en julio de 2009. Se analizará el ADN de las muestras extraídas para conocer diferentes aspectos de la vida del soberano, como su dieta, sus enfermedades y las causas de su muerte. Además, los resultados también servirán para comprobar si los restos que se conservan en el vecino monasterio de Poblet pertenecen su padre, el rey Jaime I el Conquistador.





Antiguo Egipto

Hallada una tumba con pinturas extraordinarias

En la necrópolis de Saqqara se ha descubierto una tumba con dos cámaras funerarias decoradas con una viva policromía

unos 30 kilómetros al sur de El Cairo se encuentra la gran necrópolis de Saqqara, donde se alza uno de los monumentos más impresionantes de Egipto: la pirámide escalonada del faraón Djoser, construida entre 2668 y 2649 a.C. por el gran arquitecto Imhotep. Saqqara, que contiene tumbas que se remontan a los inicios de la historia de Egipto y llegan

hasta época romana, no deja de proporcionar nuevos hallazgos. Ahora, un grupo de arqueólogos egipcios ha presentado su más reciente descubrimiento: una tumba de 4.300 años de antiguedad, cuya decoración pictórica conserva unos colores tan vivos y brillantes que parece que hubieran sido pintados ayer. Las dos puertas falsas (el umbral por el que, tal y como creían los egipcios, el espíritu del difunto podía entrar y salir del mundo de los muertos) que contiene la tumba están pintadas con imágenes que retratan a los propietarios: dos altos funcionarios de la dinastía V (2500-

2350 a.C). Se trata de un padre y un hijo, llamados Shendwas y Khonsu, respectivamente, que ostentaron el título de jefe de escribas. Zahi Hawass, secretario general del Consejo Superior de Antigüedades de

Egipto, ha descrito la tumba descubierta como única e increíble y ha destacado sobre todo los luminosos colores con los que está pintada la falsa puerta de la cámara de Khonsu, en la que, sobre un fondo blanco, unos nítidos tonos marrón, rosa, amarillo, azul y negro muestran a quien fuera jefe de los escribas junto a los jeroglíficos que indican sus distintos cargos y su nombre. En la cámara funeraria de Shendwas, más amplia que la de su hijo, éste aparece representado en su falsa puerta, pintado con deslumbrantes colores y sentado frente a una mesa de ofrendas.

Rituales funerarios

En la tumba, que se halla a unos cuatro metros de profundidad, se han desenterrado asimismo numerosos objetos utilizados en los ritos funerarios, como diversos recipientes de piedra caliza en forma de pato, una cabeza de madera y un pequeño obelisco de 30 centímetros. Según ha manifestado Zahi Hawass, se espera poder realizar muchos descubrimientos más en la necrópolis, ya, que, tal y como recordó el arqueólogo, nunca se sabe los secretos que pueden esconderse bajo las arenas de Egipto.



MARÍA PACHECO: la última comunera

La revuelta de las Comunidades no terminó en la batalla de Villalar, en 1521. La viuda de Juan Padilla mantuvo en Toledo una resistencia desesperada que impresionó a los contemporáneos

escendiente de dos ilustres linajes de la nobleza castellano-andaluza, los Mendoza y los Pacheco, María Pacheco se crió en un ambiente culto, típico del Renacimiento: aprendió latín, rudimentos de griego, letras e historia, y adquirió, como era habitual, un buen bagaje de conocimientos religiosos. Por su cuna parecía

destinada a lucir en una corte señorial o incluso en la de los reyes, pero a los 13 años se acordó su matrimonio con un joven y apuesto caballero toledano, Juan de Padilla, de estirpe menos encumbrada que la suya. Sin duda, Padilla tenía otras prendas a sufavor. El suegro le mostró predilección — «lo quiero más que a los otros», decía— y todo hace suponer que María aceptó a su marido

con agrado. El matrimonio trajo consigo otro cambio: nacida y educada en Granada, María se trasladó primero a Porcuna (Jaén) y tres años más tarde a Toledo, donde Padilla sucedió a su padre como capitán de gentes dearmas.

Por entonces, el germen de la revuelta comunera se extiende ya por las ciudades de la Castilla central, entre ellas Toledo, donde se critica agriamente el



«CONDENO a doña María Pacheco por haber sido parte principal de los alborotos, muerte y robos que se han hecho en Castilla [...]. Mando sea presa, sacada en una mula con una soga en la garganta, llevada a la plaza de Zocodover y que allí sea degollada».



PENDÓN DE LOS COMUNEROS, CONSERVADO EN LA CATEDRAL VIEJA DE SALAMANCA

reparto de prebendas y cargos entre los extranjeros que acompañan al nuevo y joven rey, Carlos I, llegado a la Península en 1517. Juan de Padilla, igual que María Pacheco, impulsa las ideas que cristalizarán en el levantamiento de las Comunidades. Ella se deja arrastrar por la vertiginosa corriente popular, en contra de la posición de sus linajes paterno y materno, partidarios del rey. El nombramiento del flamenco Guillermo Jacobo de Croy como cardenal primado de Toledo agrava la excitación y el descontento social en la ciudad, del que Padilla se hace portavoz.

Revolución en Castilla

A partir de junio de 1520, la revuelta comunera es un hecho, y en ella Padilla tendrá un papel protagonista. Con las milicias de Toledo acude en auxilio de Segovia, amenazada por las tropas reales, y poco después, en la Junta constituida por los comuneros en Ávila, es nombrado capitán general de las tropas

rebeldes. En febrero de 1521 toma la fortaleza de Torrelobatón. Pero ese éxito es breve. Perseguido por el ejército real, y mientras se repliega a Toro, sus adversarios le dan alcance en Villalar, donde el 23 de abril las tropas comuneras son derrotadas sin paliativos. Los jefes populares, Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado, son apresados y ejecutados inmediatamente. La serenidad y honradez de Padilla se manifiestan en la carta que supuestamente escribió, antes de ser ejecutado, a su mujer, María Pacheco: «Vos, señora, como cuerda, llorad vuestra desdicha, y no mi muerte que, siendo ella tan justa, de nadie debe ser llorada». En sus notas, María se responde a sí misma, vertiendo su desespero: «Me recojo al abismo de mi soledad y amargura».

La ejecución de Padilla remueve los resortes íntimos de la comunera. Su personalidad se convulsiona con la noticia, sus emociones se desbordan. La ciudad de Toledo mira sobrecogida



a María, como si ésta fuera su última esperanza y aceptara instintivamente su caudillaje. Animada por una multitud que la sigue y vitorea, se instala en el alcázar, en un gesto de desafío. Vestida de luto, lleva a su hijo en brazos y se hace trasladar en andas. A su lado, reconfortándola, está el obispo de Zamora, Antonio Acuña. Consciente de la situación, inteligente y audaz, María no cree en una victoria comunera, pero está determinada a obtener unas condiciones de paz honrosas para Toledo.

La viuda toma el relevo

Sin embargo, no todos ven con agrado el poder que acapara María. Pedro de Alcocer, historiador toledano de la época, nos ofrece de ella un retrato poco favorable: «Un fuerte llamamiento de amor propio y la insaciable sed de la codicia lleváronla por el ancho campo de la ambición soberbia, arrastrándola al precipicio con cuantos seducidos o de buena voluntad la oían como a un

oráculo». Curiosamente, es el mismo autor que para Juan de Padilla sólo tiene palabras de elogio.

Para acabar con la resistencia toledana, el ejército real (al mando del prior de San Juan, Antonio de Zúñiga, y del hermano de Juan de Padilla, Gutierre López de Padilla) asedia férreamente la ciudad. Durante más de seis meses, María Pacheco se encontrará al frente de las operaciones de resistencia y de las negociaciones de paz. Sólo ella consigue mantener a duras penas el orden en Toledo y sostener una oposición armada cada vez más débil. A veces se vale de su condición de viuda y víctima de la guerra: «Iba enlutada por la calle, llevaba a su hijo en una mula para mover

a compasión». El padre fray José de Miniada afirma sobre aquellos momentos: «Todos tenían en ella puestos los ojos; a ella sólo respetaban; y, finalmente, ella sola sostenía la guerra».

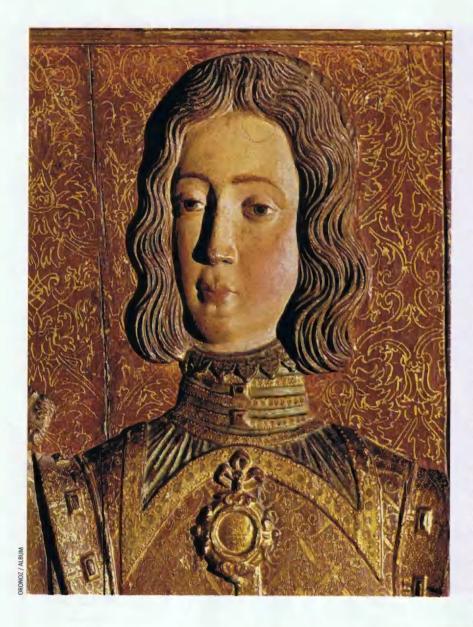
María no cree en los mensajes del bando imperial, ni en las promesas de paz que proclaman. Y se muestra intransigente con sus propios parientes que intentan mediar y ofrecen a los toledanos paz y perdón. También toma medidas rigurosas. Para pagar a los soldados permite que se confisquen la plata del sagrario y otras riquezas de la catedral. Dos her-

han quedado

manos que se

El perdón general de Carlos V, en 1522, no alcanzó a María, que fue condenada a muerte

CARLOS V REPRESENTADO COMO UN EMPERADOR ROMANO EN EL ANVERSO DE UNA MONEDA.



JUANA LA LOCA, en un retablo relicario de la capilla Real de Granada. Los comuneros sostuvieron que ella era la reina legítima de Castilla, en lugar de su hijo Carlos V.

con los caudales destinados al ejército comunero, descubiertos y traídos de vuelta a Toledo, son linchados y precipitados desde las murallas, sin permitirles hablar en su descargo; es éste un gesto terrible de María, si fue responsable de los hechos o los toleró. A cambio, conmovida por su arrojo, salva a un hijo del duque de Medina-Sidonia detenido por los comuneros; libera a muchos prisioneros, renuncia a las rentas de las alcabalas y hasta vende sus joyas para sostener la causa.

Por un momento, la invasión francesa del reino de Navarra —incorporado nueve años antes por Fernando el Católico a la corona de Castilla— parece aliviar a los comuneros toledanos. De hecho, María será acusada de haber mantenido contactos con los franceses. Pero la situación de la ciudad se hace cada vez más desesperada. Finalmente, el 25 de octubre de 1521 se firman unas capitulaciones en el monasterio de Sisla entre los comuneros toledanos y el ejército sitiador; éste podrá entrar en la ciudad y hacerse con el gobierno, pero a cambio se evitan condenas y represalias. María abandona el alcázar y retorna a su casa en actitud pacífica, satisfecha por el levantamiento del embargo que pesaba sobre los bienes de su esposo. Pero las heridas de la revuelta distan mucho de haberse cerrado.

El odio del Emperador

En enero de 1522, mientras en Toledo se celebra la elección de un nuevo papa, Adriano I, un niño grita espontáneamente «¡Viva Padilla!» Los soldados lo cogen para azotarlo, y cuando el padre acude en su auxilio, apresan a éste y mandan ahorcarlo. El episodio desgarra la frágil paz social existente en la ciudad. La casa de María Pacheco, que había tratado en vano de salvar al acusado, se convierte entonces en un reducto revolucionario. Pero ahora las fuerzas imperiales controlan la situación. Para evitar la prisión y acaso la

muerte, a la comunera no le queda más opción que la huida. A la mañana siguiente, pálida, sin fuerzas, disfrazada de aldeana, sale con una pequeña comitiva por la calle de Santa Leocadia y escapa luego por la puerta de Cambrón. Ya nunca más retornará a Toledo.

En su huida se detiene en el castillo de Escalona, en busca del apoyo del marqués de Villena, su tío, sin conseguirlo. Prosigue su marcha hasta La Puebla de Montalbán, donde la acoge momentáneamente otro de sus tíos, Alonso Téllez, señor del lugar. Luego sigue hasta Portugal, donde espera encontrar asilo; en Braga tiene que vender las joyas que le quedan para subsistir.

El retorno de Carlos V a España en el verano de 1522, tras su elección como emperador, sirve a la pacificación del país, igual que el perdón general que otorga en octubre. Pero esa gracia no alcanza a la comunera; al contrario, por real cédula de enero de 1523, expedida en Valladolid, María es condenada a muerte, y todos sus bienes y derechos son confiscados. La sentencia se pregona en la plaza de Zocodover, el corazón de Toledo. La casa de María es demolida y arado el suelo donde se levantaba. El emperador intentará, incluso, que el rey Juan III de Portugal le entregue a María Pacheco y a los demás comuneros refugiados en su reino; al final, aceptará que sea confinada en Oporto.

Es allí donde fallece María, en mayo de 1531, cuando tiene apenas 35 años. Su último deseo, el de que sus restos reposen junto a los de su amado esposo, no se verá cumplido. Con María Pacheco desaparece el último símbolo de la causa comunera, pero su figura perdurará durante siglos en la memoria colectiva de Castilla.

ANTONIO VILLACORTA HISTORIADOR

Para saber más

ENSAYO María Pacheco Fernado Martínez Gil. Centro de Estudios Castilla-La Mancha, Toledo, 2005.

La Esfera de los Libros, Madrid, 2007.

NOVELA La comunera de Castilla

(



Las guerras pírricas: tempestad sobre Roma

Llamado por las ciudades griegas del sur de Italia, Pirro, rey de Epiro, logró repetidas victorias sobre Roma a costa de grandes pérdidas, hasta que fue expulsado de Italia en el año 272 a.C.

finales del siglo IV a.C., las ciudades del sur de Italia, antiguas colonias helénicas que integraban la llamada Magna Grecia, comenzaron a sentir la creciente presión del nuevo poder que emergía en el centro de la península Itálica: Roma. Tarento, ciudad grande y próspera que ejercía una especie de protectorado sobre las demás poblaciones griegas, firmó en el año 303 a.C. un tratado con

Roma por el que se prohibía al ejército romano rebasar el cabo Lacinio (hoy Colonna), junto a la ciudad de Crotona. Cuando en el año 282 a.C., una flotilla de diez barcos romanos violó el tratado con la excusa de auxiliar a la ciudad de Turio, los tarentinos, indignados, lo consideraron una provocación. Atacaron y destruyeron aquella flota, y, a continuación, expulsaron a la guarnición romana de Turio. Los romanos intentaron arreglar el asunto por la vía

diplomática, pero la asamblea de Tarento, en una reunión tumultuosa, acabó declarando la guerra a Roma.

Pese a esta bravata, los tarentinos no podían defenderse por sí mismos. Poco dispuestos a soportar la dureza de la vida militar, desde mucho tiempo atrás habían confiado su defensa a ejércitos de mercenarios procedentes de Grecia, dirigidos por generales experimentados. Por ello, para liderar la guerra contra Roma los tarentinos llamaron a un general





EL SENADOR CIEGO

Tras su victoria sobre los romanos en Heraclea, al sur de la península Itálica, en el año 280 a.C., Pirro logró que se unieran a su causa varios pueblos enfrentados con Roma: lucanos, brutios y samnitas. Luego avanzó hacia el norte hasta Praeneste, a tan sólo unos kilómetros de

Roma. Los romanos temían que su ciudad fuera invadida y arrasada por el imparable ejército griego. El propio Senado estaba «sobrecogido por la fama de Pirro y la desgracía ocurrida» y parecía dispuesto a claudicar. Pero entonces emergió la figura de Apio Claudio, patriarca

de la República. Anciano y ciego, se hizo llevar hasta la Curia y allí dijo que preferiria estar sordo, además de ciego, para no oírles deliberar sobre una paz vergonzosa. El Senado rechazó todas las propuestas de Pirro y de inmediato se reclutaron nuevas legiones.

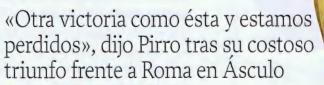
griego de gran prestigio: Pirro, rey de Epiro. Orgulloso de su linaje (se creía descendiente de Aquiles), Pirro había demostrado sus dotes militares combatiendo en los ejércitos de Antígono y Demetrio, antiguos generales de Alejandro Magno, y engrandeciendo su propio reino por el norte; incluso había combatido, sin suerte, por hacerse con el codiciado reino de Macedonia. Tenía 38 años cuando, en el 280 a.C., recibió la propuesta de Tarento; la aceptó sin dudarlo, con la esperanza de ver cumplidos sus sueños de gloria en un nuevo escenario, el occidente griego.

La invasión de Italia

En la primavera de aquel año, Pirro desembarcó en Tarento con 3.000 caballos, 20 elefantes, 20.000 soldados de infantería, 2.000 arqueros y 500 honderos. Cuando un ejército romano al mando del cónsul Levino se presentó en Lucania y acampó a orillas del Siris, junto a la ciudad de Heraclea, Pirro marchó a su encuentro sin esperar a las tropas aliadas. Los griegos no habían combatido nunca contra los romanos, y el rey se asombró al ver la perfecta organización de su campamento: «La disciplina de estos bárbaros no es propia de bárbaros», exclamó. De hecho, en la batalla que siguió, los romanos estuvieron a punto de sorprender a los griegos, pero entonces irrumpieron los elefantes, que pusieron en fuga a la caballería romana. Fue una gran victoria para Pirro, aunque sufrió numerosas bajas (4.000 según las fuentes), entre ellas sus amigos y oficiales más fieles.

Confiando en la impresión causada por la derrota de Heraclea, Pirro envió a Roma a su hombre de confianza, Cineas, que ofreció la paza los romanos a cambio de que se comprometieran a dejar libres a las ciudades griegas del sur de Italia y a respetar los territorios de samnitas, lucanos y brutios. El Senado, influido por el venerable Apio Claudio, recha-

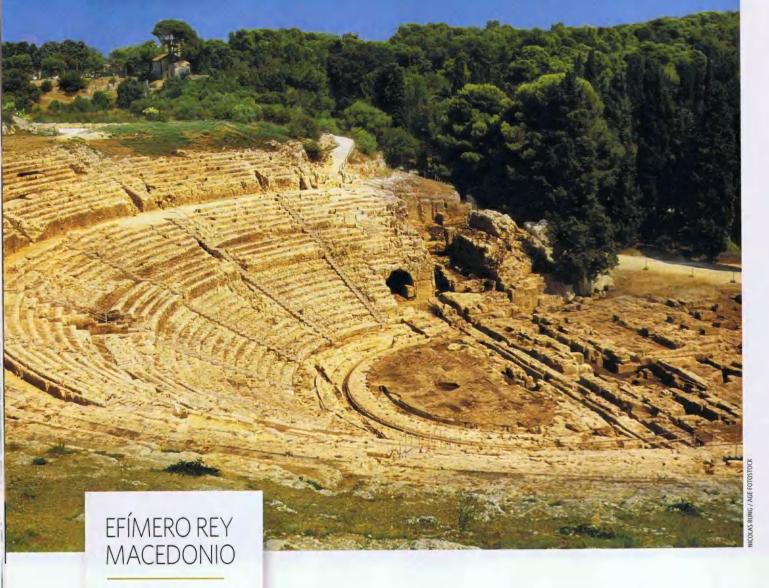
zó las propuestas de Pirro y anunció que lo combatiría con todas sus fuerzas mientras estuviera en Italia.



PIRRO, REY DE EPIRO. BUSTO EN MÁRMOL. MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL, NÁPOLES.



TEATRO griego de Siracusa, del siglo III a.C. Pirro acudió con un gran ejército a Sicilia en respuesta a la petición de avuda enviada por Siracusa y otras ciudades.



PIRRO SE SUMÓ, en 287 a.C., a una coalición formada por Seleuco, Ptolomeo y Lisímaco (antiguos generales de Alejandro) para expulsar a Demetrio Poliorcetes del trono de Macedonia. Lisímaco y Pirro se repartieron el reino, pero los macedonios expulsaron al epirota, ya que preferían como rey al viejo compañero de Alejandro.



REVERSO DE UN TETRADRACMA ACUÑADO POR DEMETRIO POLIORCETES, REY DE MACEDONIA.

Como la campaña en el Lacio no había dado los frutos deseados y las peticiones de paz eran rechazadas altivamente, al año siguiente Pirro se dirigió a Apulia. El ejército romano le salió al encuentro cerca de Áusculo (o Ásculo), y en un primer momento Pirro sufrió al verse obligado a luchar en un terreno escarpado y boscoso donde no podía hacer entrar en combate ni a su caballería ni a sus elefantes. Por suerte cayó la noche antes de terminar la batalla y al día siguiente Pirro maniobró hábilmente hasta trasladar el combate a un terreno llano más favorable, donde pudo lanzar su falange en formación compacta. Los legionarios sostuvieron un fiero combate con sus espadas contra las sarisas, las largas picas de los griegos, hasta que de nuevo aparecieron los elefantes. Pero esta vez, los romanos estaban preparados: equiparon 300 carros provistos de artilugios de madera con los que lanzarían a las bestias unos garfios de hierro, muchos de ellos envueltos en llamas.

Pero el empuje de la falange griega y los tiradores que acompañaban a los elefantes decidieron la lucha. Los romanos huveron en desbandada y Pirro quedó dueño del campo de batalla, en el que vacían muertos 6.000 romanos y 3.300 griegos. Cuando uno de sus oficiales acudió a felicitarle, Pirro comentó: «Otra victoria como ésta y estamos perdidos». El eco de esta batalla en la historia de Roma y la gran influencia que en la posteridad ejercieron las Vidas paralelas de Plutarco, obra donde se recoge esta anécdota, llevaron a acuñar la expresión «victoria pírrica» para referirse a un triunfo conseguido a costa de excesivas pérdidas o del que no se saca un provecho claro. En efecto, Roma se recuperaba de todos sus reveses y reclutaba nuevas legiones, mientras que para Pirro cada uno de sus bien entrenados mercenarios y sus elefantes era irreemplazable. Además, las victorias, ganadas con tanto sacrificio, no le reportaban ningún progreso en la guerra.



Por ese tiempo llegó una embajada de las ciudades sicilianas de Siracusa, Agrigento y Leontinos para rogar a Pirro que expulsara de su isla a los cartagineses. En otoño del 278 a.C. desembarcó en la isla, liberó a Siracusa de su asedio y en el plazo de un año toda Sicilia estaba en sus manos, con excepción de Lilibeo y Mesina. A pesar del éxito militar, sus maneras despóticas, sus guarniciones y sus tributos despertaron el odio de los sicilianos (que ya no estaban preocupados por la amenaza cartaginesa). Decidió volver entonces a Italia al recibir noticias de que samnitas y tarentinos suplicaban desesperadamente su avuda.

La derrota final

En el año 276 a.C., hostigado por la flota cartaginesa, llegó a Tarento para preparar la ofensiva contra Roma. Al año siguiente dirigió su ejército contra el cónsul Manio Curio, que había acampado en el país de los samnitas junto a la ciudad de Maleventum (que tras la victoria romana cambió su nombre por Beneventum). Tras un asalto fallido de Pirro, Manio lanzó un duro ataque que causó el desconcierto entre los soldados de Pirro, pero en la otra ala los legionarios eran superados y los elefantes los empujaban hacia su campamento. Las tropas apostadas en el campamento romano lanzaron una lluvia de provectiles sobre los elefantes y les forzaron a retroceder, provocando una enorme confusión que los romanos aprovecharon para decidir la batalla. Según Floro y Dionisio de Halicarnaso, todo fue resultado de un hecho accidental: una cría de elefante fue alcanzada por las jabalinas y retrocedió asustada barritando estrepitosamente. La madre abandonó la línea de combate y corrió tras ella, sembrando el caos a su paso. Los romanos, entonces, rechazaron a los otros elefantes, matando a dos y reduciendo en un lugar sin salida a otros ocho (algunos fueron llevados a Roma para asombro de la plebe). Según Eliano, los romanos usaron una nueva y curiosa arma: prendieron fuego a cerdos cubiertos de grasa y los lanzaron contra los elefantes, que retrocedieron asustados al oír sus terribles gritos.

Desanimado por la derrota, Pirro dejó una pequeña guarnición en Tarento al mando de uno de sus hijos y se retiró al Epiro. En los años siguientes, lucharía con éxito en Macedonia y luego intervendría también en Grecia. Mientras combatía en Argos, en el año 272 a.C., una teja lanzada por una mujer desde una azotea lo dejó inconsciente y cayó de su caballo, lo que aprovechó un soldado para cortarle la cabeza. Ese mismo año, Tarento capitulaba ante Roma.

FRANCISCO JAVIER MURCIA DOCTOR EN FILOLOGÍA CLÁSICA

Para saber más

Vidas paralelas, IV Plutarco. Gredos, Madrid, 2007.

Historia de Roma, I y II Theodor Mommsen. Turner, Madrid, 2003.

Los toros en el siglo XVIII: arte y espectáculo

En plena era de la llustración, las corridas se convirtieron en diversión de masas, con los toreros como grandes estrellas

n la Edad Media ya se celebraban fiestas de toros, pero éstas no se parecían al espectáculo actual. Desde sus inicios hasta el siglo XVII, la tauromaquia giraba alrededor de dos versiones, la popular y la caballeresca. La fiesta popular consistía en la costumbre de «correr toros» por las calles, a cuerpo limpio o con capas o lienzos, para conducirlos a las plazas públicas; allí los mozos se divertían sorteando al animal -como en las tradiciones del toro ensogado o el toro de fuego- o lidiándolo de forma improvisada hasta la muerte del astado. La fiesta caballeresca, por su parte, consistía en una corrida a caballo, por alanceadores y rejoneadores, también en una plaza; era una festividad solemne, amparada por el poder monárquico y organizada como espectáculo, en la que los jinetes nobles se lucían ante el pueblo y hacían gala de

su arrojo, mesura y liberalidad en el enfrentamiento con el toro, al que se trataba de dar muerte mediante suertes como la lanzada y el rejón.

Surge el toreo a pie

Fue en los tramos finales del siglo XVII cuando se produjo la gran transformación de la fiesta de los toros. En las corridas de a pie apareció un matador armado con una espada que acababa con la vida del toro después de su lidia. La muerte del toro en la fiesta popular, con remuneración, estaba prohibida desde el reinado de Alfonso X, en el siglo XIII, pero ahora se abrió paso por influencia del toreo caballeresco y por la aparición de lidiadores que se entrenaban en los mataderos de ciudades de intensa vida taurina, como Cádiz o Sevilla. También surgieron por entonces los picadores de toros, llamados a su vez vaqueros, garrochistas o varilargueros, nombre es-

te último derivado de un nuevo instrumento, la vara larga, que utilizaban a semejanza de lo que hacían los caballeros con sus rejones. Como en el campo al conducir ganado, en la plaza los picadores ahormaban y sangraban a los toros para dominarlos, al tiempo que los

incipientes toreros capeaban al animal hasta darle muerte.

Iniciado el Siglo de las Luces, los lacayos que habían asistido a los toreadores y los avezados lidiadores salidos de los mataderos se hicieron cada vez más presentes en la corrida, mientras nobleza y monarquía la fueron abandonando. Pero la transición hacia la corrida mo-

PEPE-HILLO, EL PRECURSOR

José DELGADO, apodado Pepe-Hillo, dictó la primera normativa del toreo a pie: Tauromaquia o Arte de torear (1796), en la que daba reglas para blindar a los toreros frente al riesgo de cogida. Pero él mismo murió una tarde de 1801 de las heridas causadas por el toro Barbudo en Madrid.

PEPE HILLO. DETALLE DE UN ÓLEO POR EUGENIO LUCAS PADILLA. SIGLO XIX.



derna se produjo hacia 1740-1750. Fue entonces cuando el matador, de origen plebeyo, se erigió en protagonista exclusivo del nuevo festejo cobrando un elevado sueldo como espada por salir a lidiar. Varilargueros y banderilleros quedaron adscritos al servicio del maestro que asumía la responsabilidad máxima de matar a los toros, colofón de la ceremonia dramática del rito de la lidia: «metido en el centro del toro con la muleta en la mano izquierda, más o menos recogida, pero siempre baja, y la espada en la otra, cuadrado el cuerpo, y con el brazo reservado para meter a su tiempo la estocada», resumía Pepe-Hillo.

El espacio de la fiesta también se acomodó al espectáculo. Durante largo tiempo se utilizaron las plazas mayores, AFICIONADOS Y CRÍTICOS: COMIENZA LA POLÉMICA

La desbocada afición del pueblo por la fiesta de los toros preocupó a las autoridades y a las mentalidades ilustradas. En 1778 y años posteriores se prohibieron todas las corridas excepto las que tuvieran fines benéficos; en 1805 la prohibición fue total, pero cinco años después José Bonaparte volvió a autorizarlas.

Muchos intelectuales ilustrados, como JOVELLANOS, se opusieron a los toros. Para ellos, la fiesta propiciaba los DESÓRDENES y el desacato a la ley, la pérdida de días de trabajo y la deficiente educación del pueblo. Al decir del ministro ilustrado José de Vargas Ponce, los toros aglutinaban a «una juventud atolondrada, falta de educación como de luces

y experiencias, los VICIOSOS por hábito, hambrientos siempre de desórdenes y, en una palabra, la hez de todas las jerarquias». En cambio, un visitante inglés, Edward Clarke, decía de la fiesta en 1760: «no tiene la crueldad como objetivo; al contrario, son la VALENTÍA y la destreza del torero las que obtienen los mayores aplausos del público».

LA TAUROMAQUIA VISTA POR FRANCISCO GOYA



Ensuserie de 33 grabados La Tauromaquia (1815), Goya realizó un auténtico reportaje gráfico de cómo era la fiesta de los toros en la segunda mitad del siglo XVIII. Varias estampas muestran escenas de corridas que eran casi números de circo; es el caso de la dedicada a Juanito Apiñani, un torero de Calahorra que actuó en Madrid entre 1750 y 1770 y que se especializó en el salto de la garrocha (1). Otras muestran a toreros que destacaban no por su arte, sino por su valentía, como el aragonés Martincho (2). Goya también representó un incidente trágico en la plaza de Madrid, en 1801, cuando un toro saltó sobre el público (3). El pintor anotó: «Saltó el toro al tendido y mató a dos. Yo lo vi».





flejaba así en 1777: «Los españoles han llevado su pasión por estos festejos a un extremo que parece increíble. Las

gentes del pueblo empeñan sus alhajas, sus muebles y sus ropas para poder asistir. Se ve la nación dividida entre los toreros más famosos del momento.

Romero y Costillares».

Los grandes protagonistas de este espectáculo eran, desde luego, los toreros. Los maestros cobraban ya cuatro veces más que los picadores y seis veces más que los banderilleros. Eran auténticos ídolos de masas, y tenían muchos de sus vicios. Muchos matadores eran fanfarrones, pendencieros y soberbios; por ejemplo, Melchor Calderón, consumado estoqueador de mediados del siglo, al ser preguntado, cuando fue a torear a Madrid, qué era lo que podía destacarse de su toreo en los carteles, contestó: «Pongan vuesas mercedes todo lo que han visto en otros y que ya los toros están muertos». Muchos eran cortejados por la alta sociedad de la época, in-

rectangulares, pero pronto surgieron las plazas con anillo, menos peligrosas para el torero y que proporcionaban mejor visión al espectador; fue el caso de las plazas de Madrid, Cádiz y Pamplona, y las reales maestranzas de Sevilla, Granada, Ronda, Valencia y Zaragoza, construidas en la segunda mitad del siglo.

No hay que olvidar la importancia de los propios animales. Fue

en el siglo XVIII cuando los toros comenzaron a ser seleccionados por su condición fiera de casta navarra, castellana, manchega o andaluza. Esta última dio lugar a ganaderías afamadas y troncales, como los Cabrera, Vázquez y Vistahermosa.

A mediados del siglo XVIII la fiesta estaba ya plenamente codificada. El viajero inglés Richard Twiss daba testimonio de una corrida en Cádiz en 1772, de dos horas y media de duración, en la que se mataron diez toros de tres ganaderías; cada faena estaba dividida en tres tercios, respectivamente para picadores, banderilleros y matadores.

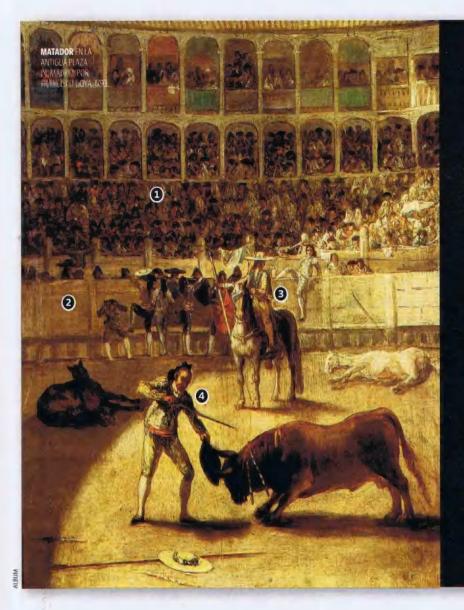
El triunfo del matador

Desde mediados del siglo XVIII los toros llegaron a convertirse en una obsesión nacional. Un diplomático francés destinado a España, J. F. Peyron, lo re-

Grandes aristócratas, como la duquesa de Alba, cortejaban a los toreros más célebres

CAYETANA ÁLVAREZ DE TOLEDO, DUOUESA DE ALBA. BUSTO, COLECCIÓN PRIVADA.

ALBUM



TOREROS EN LA PLAZA

A finales del siglo XVIII las corridas de toros tenían lugar en una plaza permanente, construida en piedra (las primeras fueron de madera) y de forma circular; las de Sevilla y Madrid acogían unos 10.000 ESPECTADORES 1. El público estaba separado del coso por una BARRERA ②, y una autoridad, el corregidor, mantenía el orden como presidente del espectáculo. En cada función se lidiaban entre seis y doce toros, y cada faena se dividía en tercios. Los caballos de los PICADORES (3) iban a veces vendados y sin protección (el peto se introdujo en 1928), y muchos eran destripados por los toros; en una corrida de 1772 consta que un toro mató a cuatro equinos -algo habitual-, además de romperle la pierna a un picador. Goya muestra a un DIESTRO (4) a punto de matar el toro según la suerte de recibir, es decir, esperando que el toro embista.

cluso por aristócratas que, como la duquesa de Alba, se disputaban los favores de los matadores más célebres.

A finales del siglo XVIII surgieron tres toreros míticos, figuras de todos los tiempos: Joaquín Rodríguez Costillares, José Delgado Pepe-Hillo y Pedro Romero, que fijaron los cánones del toreo moderno. Al sevillano Costillares se le atribuye la creación del primigenio vestido de torear —con sedas, galones v platas—, así como diversas artes del toreo: la regularización de la verónica, el empleo de la muleta como arma de dominio del toro según sus diferenciadas condiciones, y el recurso del volapié, suerte de matar en la que el torero avanza hacia el toro aplomado presentándole la muleta, para que baje la cabeza, al tiempo que le clava el estoque.

Su discípulo *Pepe-Hillo*, también sevillano, destacó por su toreo espectacular, como su lance *de frente por detrás*, que daba de espaldas, con el capote en la rectitud del toro y al que pasaba de

atrás hacia delante. La gracia y el preciosismo que demostró con capa y muleta se convirtieron en señas de identidad de la escuela sevillana, e inspiraron la primera obra capital de la corrida moderna, Tauromaquia o Arte de torear (1796), en la que podía leerse: «No hay duda que en un tiempo en que está en su punto la afición de los toros, y tan adelantado el arte de torear, hacía falta una obrilla que demostrara sus reglas, realizara sus suertes y patentizara el débil y fuerte de un arte tan brillante que no sólo arrastra tras sí el afecto español, sino el de todos los extranjeros que ven y observan las lidias».

El gran estoqueador

Pero la figura más señera fue la del rondeño Pedro Romero. Su fama y trascendencia es indiscutible. Mató más de 5.600 toros, se dice que sin sufrir ningún grave percance, prioritariamente en la suerte de recibir, es decir, esperando de frente la embestida del astado. Estuvo activo entre 1771 y 1799. La tauromaquia de Pedro Romero, base de la escuela rondeña, se ubicó en la ley de la racionalidad, en la lidia cerebral y segura, que conducía directamente a la muerte del toro; nada de estériles improvisaciones ni alardes, sino un toreo eficaz donde la muleta era un timón: «ya llevándola horizontal al compás del ímpetu del toro, ya llevándola rastrera como barriendo el piso donde ha de caer; muleta que siempre huye y nunca se aleja de los ojos de la fiera, que a veces la obedece como un caballo al freno», decía el Diario de Madrid, en 1789.

JOSÉ CAMPOS CAÑIZARES UNIVERSIDAD WENZAO, KAOHSIUNG (TAIWÁN)

Para saber más ENSAYO Historia de la tauromaquia

Bartolomé Bennassar. Pre-Textos, Valencia, 2000.

Historia del toreo Néstor Luján, Destino, Barcelona, 1993.

TEXTOS Tauromaquia o arte de torear José Delgado (Pepe-Hillo). Biblioteca Nueva, Madrid, 2001



ELESPLENDOR DEL IMPERIO IMPERI

Hacia el año 2061 a.C., Mentuhotep II, rey de Tebas, derrotó a sus enemigos y amplió su poder a todo Egipto. Empezaba así una de las épocas más gloriosas de la historia faraónica

NÚRIA CASTELLANO DOCTORA EN HISTORIA ANTIGUA



ada ciudad dice: "¡Expulsemos a los poderosos que están entre nosotros!" [...] Hete aquí que aquel que estaba enterrado como Halcón [el rey] es arrancado de su sarcófago. El secreto de las pirámides es violado.

Hete aquí que unos pocos hombres sin leyes han llegado hasta el extremo de dejar la tierra sin realeza». Este dramático pasaje del texto conocido como Las lamentaciones de Ipu-ur refleja el ambiente que se

vivía en Egipto a inicios del Primer Período Intermedio, cuando se quebró la autoridad de los reyes del Imperio Antiguo: revueltas, pérdida del poder por parte de los faraones, saqueos... Hacia 2170 a.C., los nomarcas, los poderosos gobernadores de las provincias, se habían convertido en los verdaderos dueños del país. Pronto descollaron dos de ellos: los de Heracleópolis y Tebas, que dieron lugar a sendas casas reales. De este modo, los soberanos de las dinastías IX v X controlaban el Bajo Egipto desde Heracleópolis, mientras que los de la dinastía XI señoreaban el Alto Egipto desde Tebas. Por fin, el rey tebano Mentuhotep II se impuso y hacia 2061 a.C. unificó el país, proclamándose soberano del Alto y el Bajo Egipto. Con él se inició una época de esplendor en todos los campos, que sería recordada durante largo tiempo: el Imperio Medio. Tradicionalmente se ha considerado que este período se corresponde con las dinastías XI v XII, aunque últimamente se tiende a incluir en él a parte de la dinastía XIII.

Aunque el Egipto reunificado parecía haber superado los trastornos del Primer Período Intermedio, los faraones tomaron diversas medidas

> para fortalecer el poder real. La primera fue la adopción de la corre

gencia: el rey, en vida, asociaba a su heredero al gobierno. Con ello se querían evitar las luchas por el trono a la muerte del soberano. El sucesor solía desempeñar el cargo de general y se ocupaba de las campañas militares, como muestra La historia de Sinuhé, un famoso texto literario en el que Sesostris I aparece asociado al faraón Amenemes I: «Su majestad había enviado un ejército a la tierra de los tjemehu, al mando de su hijo mayor, el buen dios Sesostris, e incluso entonces regresaba y había llevado prisioneros en vida de los tjemehu y todas [clases de] ganado sin cuento».

Los faraones recuperan su poder

La segunda medida para reforzar la autoridad del faraón sobre todo Egipto fue la centralización administrativa del país mediante las figuras del visir y los gobernadores reales. De esta manera, se pretendía poner fin a la acumulación de poder en manos de los nomarcas, que había llevado a la desaparición del Imperio Antiguo. Con tal objetivo, a los ya existentes gobernadores del Alto y el Bajo Egipto, Sesostris III agregó otro más: el de Elefantina-Nubia; todos ellos rendían cuentas al visir, el ministro principal del faraón.

Como tercera medida para robustecer su autoridad, los reves procuraron cambiar el centro de gravedad del país, en busca de un contrapeso a los

El visir del rey Mentuhotep IV

CRONOLOGÍA

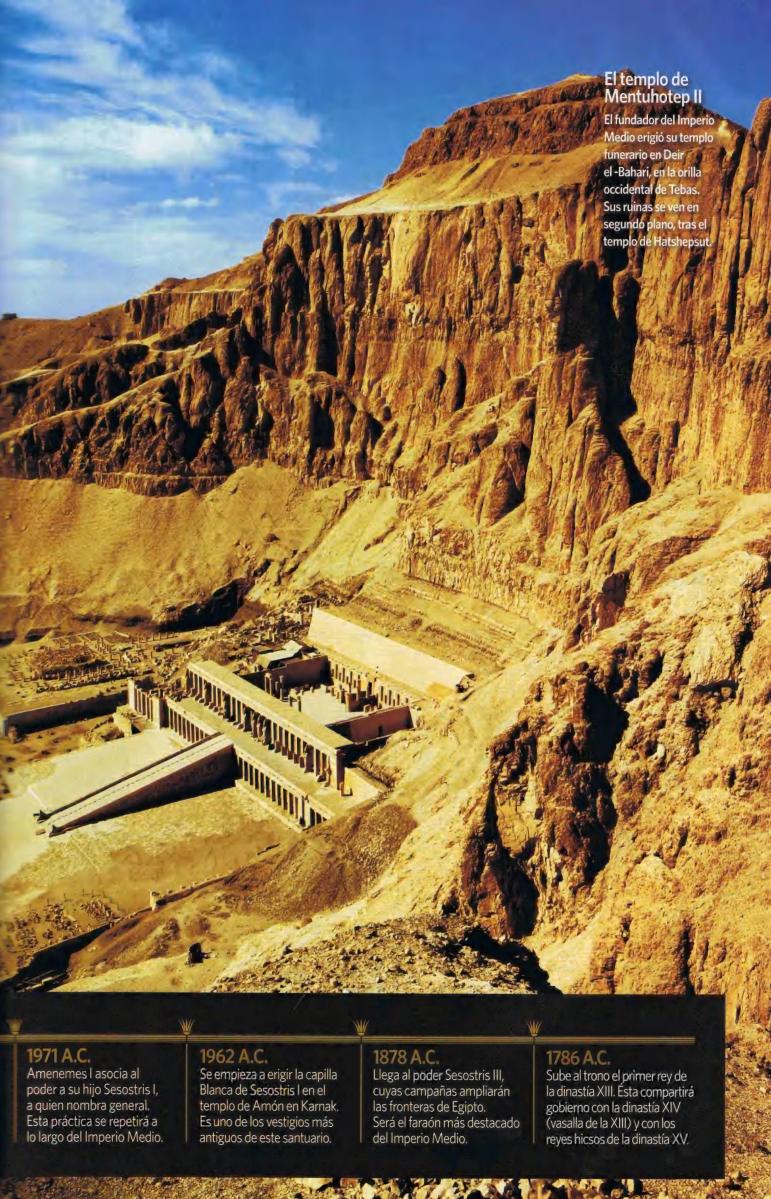
TRES SIGLOS DE GLORIA

Mentuhotep II, quinto rey de la dinastía XI de Tebas, somete el reino de Heracleópolis y unifica Egipto de nuevo. Comienza el Imperio Medio.

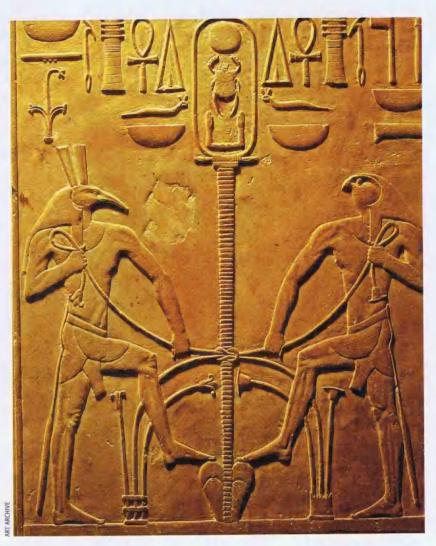
1991 A.C.

sube al trono de Egipto como Amenemes I (Amenemhat I) Fundador de la dinastía XII, reinara durante treinta años.

EL FARAÓN AMENEMES I. ESCULTURA EN FORMA DE ESFINGE. DINASTÍA XII. MUSEO EGIPCIO, EL CAIRO







La unión de las Dos Tierras

Los reyes del Imperio Medio reunificaron el Alto y el Bajo Egipto, separados en el Primer Período Intermedio. El símbolo de la unión del Doble País es el sema-tauy, en la imagen.

focos de poder ya establecidos. Para ello, trasladaron la capital e impulsaron el desarrollo de El Favum, un gran oasis. Con el inicio del Imperio Medio, Tebas, la cuna de los faraones de la dinastía XI, se convirtió en la nueva residencia real en detrimento de la antigua capital, Menfis. Pero Amenemes I (el primer soberano de la dinastía XII) movió de nuevo la capital, esta vez a Ittauy, en la zona de El Fayum, a unos 400 kilómetros al norte de Tebas; Sesostris II procedió a otro traslado, instalándose en Il-Lahun, también en El Fayum. El cambio de emplazamiento pretendía evitar la acumulación de todo el poder político y religioso en una misma ciudad. Además, tal decisión consagraba la ruptura con la historia reciente del país: el rey se alejaba de la influencia de los nomarcas del Alto Egipto, cuyas notables tumbas en Beni Hasan hablan a las claras de su poder.

Con el traslado de la capital al oasis de El Fayum, los faraones de la dinastía XII acometieron un ambicioso programa de irrigación para explotar y ampliar los recursos agrícolas de la zona y poder alimentar a la numerosa población que se trasladó hasta allí. Se creó un sistema de canales para regular la entrada de agua del Nilo en el oasis (que dista unos 30 kilómetros del río) y se construyeron ciudades de nueva planta como Kahun, edificada por orden de Sesostris II para albergar a los obreros que construían las tumbas de la cercana necrópolis real de Il-Lahun.

El restablecimiento del orden interno en Egipto pasó también por la expulsión de los enemigos que se habían introducido en el país: los nómadas libios, al norte, y los nubios del reino de Kush, al sur. A ello dedicó buena parte de sus energías el primer rey del Imperio Medio, Mentuhotep II.

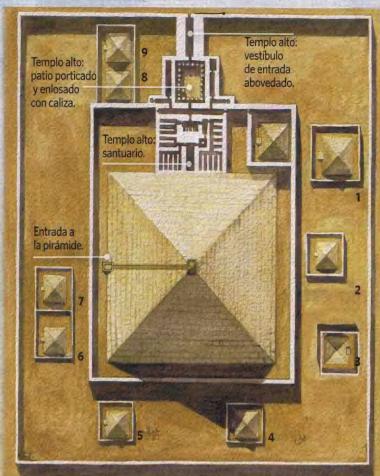
Fortalezas al sur y al norte

Mentuhotep II no sólo expulsó de Egipto a los invasores, sino que, para asegurarse el control de Nubia —que se había perdido durante el Primer Período Intermedio—, edificó una serie de fortalezas que llegaban hasta la segunda catarata, en la frontera meridional de Egipto. Las fortificaciones, construidas en islas del Nilo y en promontorios junto al río, aseguraban el tránsito de personas y mercancías por barco. Por su parte, Amenemes I levantó el llamado Muro del Príncipe, una cadena de fortalezas en la zona del Delta, al norte, con el objetivo de controlar los movimientos de los nómadas asiáticos.

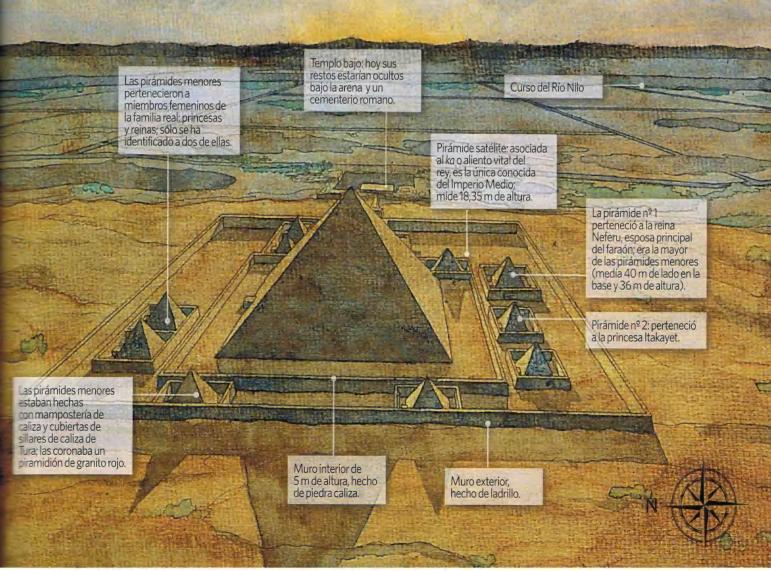
La actividad bélica de los reyes del Imperio Medio culminó con Sesostris III, también de la dinastía XII, que reforzó la frontera meridional de Egipto en la segunda catarata con una serie de fortificaciones y realizó ocho campañas militares en Nubia, donde, para atemorizar a sus enemigos, mandó erigir estelas que conmemoraban sus hazañas. El texto de una de ellas, que ha llegado hasta nosotros, muestra la satisfacción del soberano

LA TUMBA DE SESOSTRIS I

I faraón Sesostris I (1971-1928 a.C.) levantó su pirámide en El-Lisht, a un par de kilómetros al sur de la de su padre Amenemes I, fundador de la dinastía XII. La construcción no se erigió acumulando bloques de piedra tallada, como en el caso de las pirámides del Imperio Antiguo, sino mediante una TÉCNICA INNO-VADORA que entrañó un inmenso ahorro en los costes y se utilizó después en otras pirámides del Imperio Medio. Primero, alrededor de un NÚCLEO CENTRAL se erigieron unos muros cuyos sillares (tallados de forma grosera) disminuían de tamaño según aumentaba la altura del muro; luego, los espacios entre estos muros se llenaron de losas de piedra; finalmente, la estructura se revistió con placas de piedra caliza procedente de Tura, la de mejor calidad. La pirámide tuvo DOS NOMBRES: «Sesostris vigila las Dos Tierras» v «Los lugares de Sesostris están protegidos»; medía 61 metros de altura y 105 de lado en la base, con una inclinación de 49°. Su entrada, protegida por una pequeña capilla, se abre en el suelo, en la cara norte. Allí comienza un CORREDOR DESCENDENTE que conduce a la cámara funeraria del rey, situada a 22-25 metros de profundidad, y hoy inaccesible a causa del nivel actual de la capa freática (el nivel superior de las aguas subterráneas). Tras el funeral del soberano, el corredor se taponó con bloques de granito de 20 toneladas de peso cada uno, pero ello no evitó que LOS LADRONES saguearan la tumba. horadando un corredor paralelo hasta la cámara.

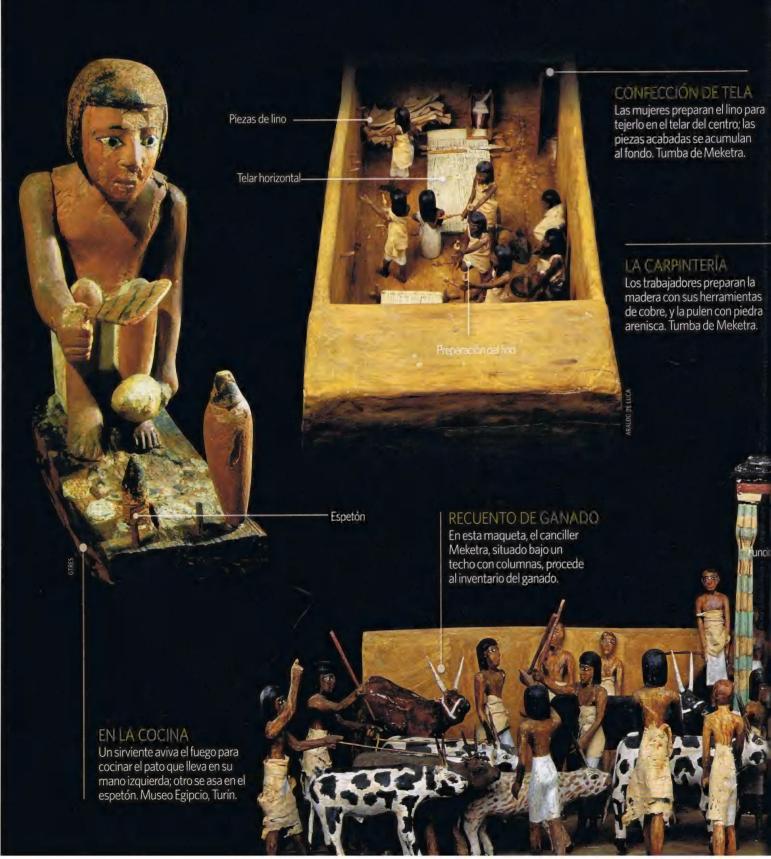


1 NÚMERO DADO POR LOS ARQUEÓLOGOS A LAS PIRÁMIDES SUBSIDIARIAS

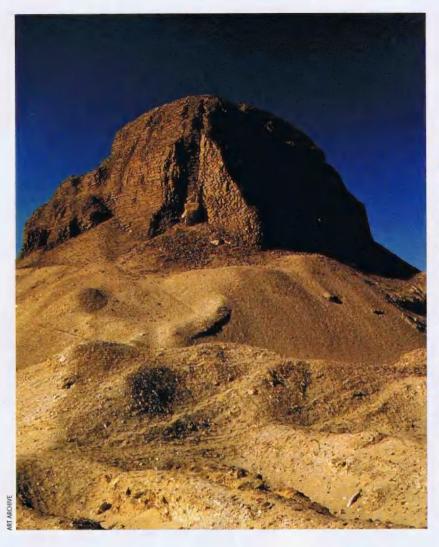


ESCENAS DE VIDA PARA EL MÁS ALLA

esde finales del Imperio Antiguo, y sobre todo durante el Imperio Medio, las tumbas de la élite egipcia incluyen maquetas funerarias. Estos objetos reproducen personajes individuales y también escenas de actividades relacionadas con el propietario de la tumba, tales como talleres textiles, panaderías, almacenes de grano, embarcaciones con sus tripulantes e incluso el interior de viviendas; su propósito era asegurar al difunto el sustento y todos los objetos y bienes necesarios en la otra vida. Algunas maquetas recrean escenas con gran lujo de detalles, como las procedentes de la tumba de Meketra, canciller de la dinastía XII (1991-1786 a.C.); aquí reproducimos algunas de ellas, conservadas en el Museo Egipcio de El Cairo.







La pirámide de adobe

Sesostris II erigió en II-Lahun su pirámide, con igual técnica que la de Sesostris I, pero con relleno de ladrillos. De 48 m de alto y 106 m de lado en la base, se llamó «La pirámide brillante».

La imagen del soberano

Mentuhotep II, primer rey del Imperio Medio, con la corona del Bajo Egipto (a la derecha). Fragmento de un muro de su templo en Deir el-Bahari. Museo Británico, Londres.

Mientras florecía el culto a Amón en Karnak, se erigía otro centro religioso en Abydos, a unos cien kilómetros al norte de Tebas, como lugar de culto al dios funerario Osiris. Durante el Imperio Medio, el culto a esta divinidad del Más Allá conoció un gran auge, estrechamente vinculado con la llamada «democratización del Más Allá», el fenómeno más interesante que registra el Imperio Medio en el campo de las creencias religiosas. Durante el Imperio Antiguo, sólo los miembros de la familia real y de las clases superiores podían gozar de vida después de la muerte; la tumba, el ajuar funerario y los textos religiosos eran la garantía de su supervivencia en la vida de ultratumba. Pero durante el Imperio Medio cualquier persona que contara con la protección que brindaban las fórmulas mágicas y religiosas de los llamados Textos de los Sarcófagos podía aspirar a la otra vida; estos escritos fueron llamados así porque se inscribían en el interior de los sarcófagos rectangulares de madera típicos de la época.

¿Y cómo accedían los soberanos a la vida de ultratumba? Desde el comienzo del Imperio Medio, los faraones quisieron reforzar los lazos con sus antecesores, para lo que imitaron las costumbres antiguas. En este caso, los soberanos construyeron pirámides como lugar de reposo eterno, al igual que habían hecho los reyes del Imperio Antiguo. Pero el material y las técnicas que se emplearon eran deficientes; se utilizó principal-

mente el adobe, que no es tan resistente como la piedra. El resultado fue la destrucción de la mayoría de las pirámides de este período, de las cuales tan sólo se conserva el núcleo y parte de su revestimiento de piedra caliza. Además, el aumento del nivel de la capa freática (el nivel de las aguas subterráneas) ha dañado irreversiblemente estas estructuras e impide el acceso a su interior.

La incógnita final

El Imperio Medio fue una época de gloria para Egipto, durante la que el país recobró el impulso que había conocido en el Imperio Antiguo. Pero el final de este período es mal conocido. El último faraón de la dinastía XII fue una mujer, Sobekneferure. Siguió la dinastía XIII, en la que se sucedieron unos 60 reyes que reinaron sobre la mayor parte de Egipto —aunque quizá no lo gobernaron—hasta que la unidad del país del Nilo se quebró definitivamente hacia 1644 a.C. con la llegada al poder de los faraones extranjeros: los hicsos.

Para saber más

Historia del Egipto faraónico

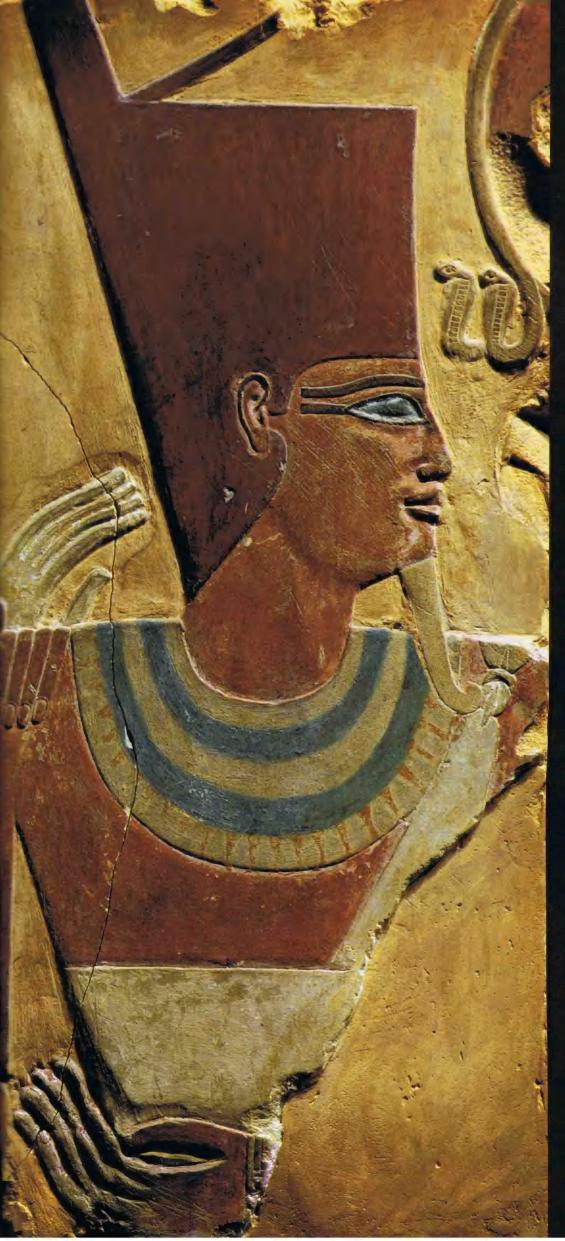
Josep Padró, Alianza Madrid 2003

Faraones guerreros Javier Martínez Babón. Gerona, 2008.

Cuentos y fábulas del antiguo Egipto. Jesús López. Trotta, Madrid, 2005.

NOVELA

Los misterios de Osiris (4 volúmenes) Christian Jag (sobre Sesostris III). Planeta, Barcelona.



SURGIDA DE LA NADA

LA CIUDAD DEL REY SESOSTRIS II

El faraón Sesostris II
(1897-1878 a.C.) ordenó
edificar la ciudad de Kahun
para albergar a los obreros
encargados de construir la
necrópolis real de II-Lahun,
así como a sus supervisores.
Cuando Flinders Petrie
excavó este yacimiento a
finales del siglo XIX, localizó
una muralla de 350 por
400 metros que rodeaba
la población, y un muro que
dividía ésta en dos partes.

La parte más pequeña era la zona donde vivían los obreros, con más de 200 casas adosadas de adobe y una calle principal. El resto del espacio correspondía a una zona residencial con grandes viviendas para los altos funcionarios, algunas de las cuales ocupaban el espacio de 50 hogares de los obreros. La ciudad tenía una planta ortogonal, en forma de damero.

El recinto contaba con silos y una especie de acrópolis, que en realidad era una residencia real; el templo de Kahun estaba fuera de las murallas. Gracias al estudio de los silos encontrados se ha calculado que la población albergaría a unas 5.000 personas y que estuvo habitada durante un siglo.



EL TRIUNFO DE LA DEMOCRACIA PER RECORDINATION DE LA DEMOCRACIA P



Pericles estuvo al frente de los destinos de Atenas durante casi treinta años; en ese tiempo, fue el baluarte del régimen democrático ateniense (que él contribuyó a forjar) e hizo de la Acrópolis un monumento imperecedero a la gloria de su ciudad

CARLOS GARCÍA GUAL

CATEDRÁTICO DE FILOLOGÍA GRIEGA DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID EDITOR DE HISTORIA NATIONAL GEOGRAPHIC



CRONOLOGÍA

Un hombre consagrado a su ciudad

9494 A.C.

Nace Pericles. Su madre, Agariste, pertenece a los Alcmeónidas, familia de la que era miembro Clístenes, el introductor de la democracia en Atenas.

484 A.C.

Jantipo, padre de Pericles y líder demócrata moderado, es condenado al ostracismo, pena que le será levantada en 480 a.C. por una amnistía general.

472 A.C.

Con poco más de veinte años, Pericles financia la puesta en escena de *Los persas*, de Esquilo, en las fiestas Dionisias, uno de sus primeros actos públicos.

461 A.C.

Pericles acusa a Cimón, líder de la facción conservadora, de haber actuado como amigo de Esparta y consigue que la Asamblea le condene al ostracismo.

460 A.C.

Efialtes, líder de los demócratas radicales, es asesinado en un complot oligárquico. Pericles se convierte en el nuevo líder de esta facción política.

458 A.C.

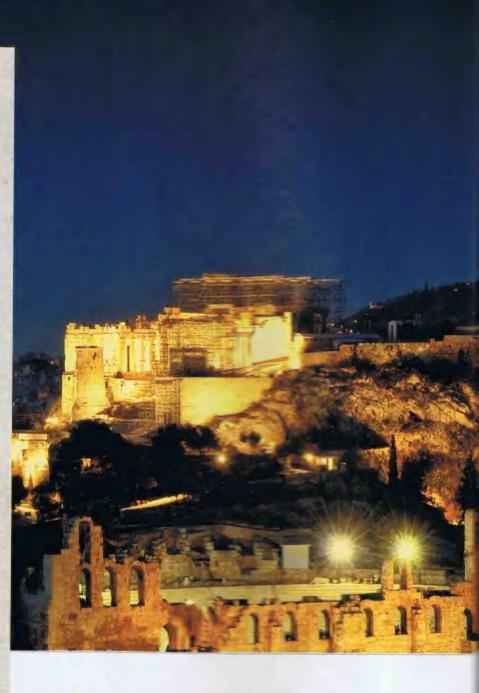
Pericles es elegido estratego por primera vez. Entre los años 443 y 429 a.C. será elegido quince veces cconsecutivas para ocupar este cargo.

447 A.C.

Pericles decide reconstruir la Acrópolis de Atenas. Encarga la dirección de las obras a Fidias, y se inicia la construcción de los Propileos y el Partenón.

431 A.C.

Comienza la guerra del Peloponeso entre Atenas y Esparta. En 429 a.C. Pericles muere en una epidemia de peste que asola su ciudad.



La Acrópolis ateniense

En el año 480 a.C. los persas arrasaron las edificaciones de esta colina sagrada. Pericles la reconstruyó, y erigió en ella un conjunto de soberbios edificios.

s habitual referirse al siglo V a.C. como el siglo de Pericles», en claro homenaie al que fue, indiscutiblemente, el político decisivo de la democracia ateniense en los tiempos de su máximo esplendor y el gobernante más genial de la Grecia clásica. No porque fuera Pericles «el inventor de la democracia», como se ha escrito alguna vez; pero si porque fue quien llevó ese sistema de gobierno del pueblo y para el pueblo a su perfección y su consolidación histórica de un modo ejemplar. La democracia ya estaba bien asentada en Atenas y gozaba en esa época de un amplio respaldo popular gracias a las reformas de Clístenes, en 507 a.C., que introdujo esta modalidad de gobierno en Atenas, y las de Efialtes, en 462 a.C., que limitó el poder del Areópago, un Consejo cuyos poderes dividió entre la Boulé o Consejo de los Quinientos (la asamblea del pueblo) y los tribunales populares.

Además, tras las resonantes victorias sobre los persas, en Maratón en el año 490 a.C., y en Salamina, diez años después (combates que el gran historiador Heródoto presentó como merecidos triunfos del valiente pueblo ateniense,



amante de la libertad), la ciudad se había consolidado como el centro neurálgico de un nuevo imperio marítimo y se arrogaba el papel de defensora de la libertad de toda Grecia. En firme contraste con la conservadora y militarizada Esparta, que pronto renunció a todo papel hegemónico, la democrática Atenas, confiada en su nueva y poderosa armada, asumió la dirección de la liga de Delos con vocación imperialista. El programa había sido diseñado por Temístocles, el artífice de la victoria de Salamina contra los persas e impulsor de la construcción de la gran flota ateniense, y por Cimón, hijo del aclamado héroe de Maratón, Milcíades.

Hijos de familias ilustres

Fue en ese contexto como el joven Pericles, hacia el año 460 a.C., ascendió al primer plano de la escena política. Desde entonces y durante un período de casi treinta años, Pericles se mantendría al frente de la política ateniense para hacer de la vieja ciudad de Cécrope —fundador mítico de Atenas— una metrópolis atractiva por su riqueza, su cultura y su libertad, una magnífica «escuela de Grecia», paradigma de progreso, arte y saber.

No era fácil, por descontado, orientar y dirigir la política de una democracia como aquélla, en la que el poder residía en la asamblea popular y donde, a diferencia de los regímenes políticos modernos, no existían ni partidos ni organizaciones o grupos de ideología rígida, ni escalafones ni funcionarios, ni un senado o una corte que ejerciera el control del gobierno o el poder

militar. Lo decisivo era sólo el voto directo e igualitario de la mayoría de los ciudadanos reunidos en la asamblea durante las fechas marcadas por el Consejo de los Quinientos, en la que cualquier ciudadano tenía igual derecho a hablar y expresar su opinión con entera libertad de palabra.

Allí se determinaban las actuaciones políticas importantes en cualquier cuestión de interés general, ya fuera una declaración de guerra o la aceptación de una alianza o una decisión sobre la ciudadanía, y quien quisiera marcar un rumbo

El líder más popular

Su política favorable al pueblo (el *demos*) y su elocuencia hicieron de Pericles el líder con mayor predicamento en la Asamblea ateniense.





LA GRAN FIESTA DE ATENEA

Durante el mes de Hecatombeón (entre julio y agosto), Atenas se vestía de gala para celebrar la procesión de las Panateneas. En esta festividad, la estatua de Atenea custodiada en el Partenón recibía la ofrenda de un manto (el peplo) tejido por las jóvenes de la ciudad, y de cien reses para sacrificar. La procesión con las ofrendas avanzaba por la vía Panatenaica y entraba por los propileos en el recinto de la Acrópolis, que Pericles llenó de edificios monumentales.

- Níke Áptera. Erigido en un saliente de la Acrópolis, en 425 a.C., este templo de 5 x 5 m estaba dedicado a Atenea victoriosa.
- Propileos. Eran el pórtico monumental del recinto sagrado. Fueron diseñados y construidos por Mnesicles entre 437 y 432 a.C.
- Atenea Promáchos. El recinto estaba presidido por una colosal estatua en bronce de Atenea guerrera, obra de Fidias, de 9 m de alto.
- Artemisa Brauronia. Erigido en 430 a.C., el santuario estaba dedicado a esta diosa, como protectora de las mujeres embarazadas.
- Partenón. Edificado entre 447-432 a.C., está dedicado a Atenea la doncella. Es obra de Ictino y Calícrates, bajo la dirección de Fidias.
- **Erecteion.** Se erigió entre 421 y 406 a.C., en orden jónico. Está dedicado a Atenea y a Erecteo, rey de Atenas que fue criado por aquella diosa.

político a la ciudad debía ser capaz de persuadir a ese auditorio de miles de ciudadanos; por ello, era en ese foro donde los líderes se enfrentaban con sus discursos e ideas. A favor de uno u otro influía su prestigio previo, lo que explica que casi todos procedieran de familias ilustres de Atenas, como era el caso del mismo Pericles—descendiente de la noble familia de los Alcmeónidas—, de Cimón, Arístides o Nicias. Pero el aspirante a líder del pueblo debía también respetar la isegoría, el derecho de todos los ciudadanos a dirigirse de palabra a la Asamblea, y la isonomía, la igualdad de todos ante las leyes.

Los aristócratas frente al pueblo

En todo caso, para obtener el apoyo de la mayoría se precisaba dominio de la palabra, claridad de ideas y argumentar con sólidas razones. Ser de familia noble o rico representaba una pequeña ventaja, pero no era algo decisivo, ya que las discusiones solian ser vehementes y el auditorio estaba avezado a sopesar sus juicios, aunque en ocasiones se dejase llevar por el apasionamiento. En este dificil escenario, Pericles se impuso por su elocuencia, inteligencia y patriotismo, y





ejerció con su vibrante retórica y sus claras ideas un persistente magisterio, revalidado una y otra vez por sus conciudadanos.

Recordemos, por otra parte, que en la democracia ateniense no existían los cargos políticos fijos ni perdurables, sino que algunos eran por sorteo y duraban sólo un día (como el de presidente de la Asamblea o Ekklesía), mientras que otros, como los vocales del Consejo, eran sorteados cada mes, y otros, como los arcontes, eran elegidos por un año y estaban sujetos a la usual rendición de cuentas al final del período. También eran escogidos cada año los diez generales o estrategos, que no eran militares de profesión, sino ciudadanos con prestigio o expertos en estrategia política y con capacidad de mando. Pericles logró ser elegido para este cargo durante quince años consecutivos, y desde este puesto acertó a consolidar su autoridad en la conducción de la paz y la guerra en una época testigo de la gran expansión del Imperio de Atenas y que fue la más gloriosa de la ciudad.

Las luchas por el poder en el marco democrático eran constantes, y los políticos debían debatir continuamente con rivales de una formidable capacidad oratoria y con un gran respaldo popular. No había partidos políticos como los de las democracias actuales, pero en la ciudad coexistían facciones claramente opuestas: por un lado estaban los conservadores, los aristócratas, los ricos y afortunados, y, frente a ellos, quienes ansiaban un gobierno verdaderamente del pueblo, el demos, sin privilegios basados en la clase o la riqueza. Al frente de los conservadores, generalmente partidarios de la moderación y la amistad con Esparta, figuraban Arístides el Justo; Cimón, hijo de Milcíades, y Tucídides, hijo de Melesias. Al frente de los que deseaban el acceso de las clases populares a todos los órganos de gobierno estaban Clístenes, Temístocles, Efialtes y Pericles.

Un buen reflejo de esas tensiones es el uso del ostracismo, que se aplicó contra muchos destacados políticos alegando como pretexto su aparente tendencia a la tiranía. El ostracismo suponía el exilio de Atenas por un período de diez años, y se acordaba mediante una votación popular que debía contar con un mínimo de 6.000 votos. Ese singular recurso para alejar del poder a cualquier ciudadano que pareciera ejercer una influencia excesiva en los asuntos de la ciudad

El poderoso ejército persa

Jantipo, padre de Pericles, derrotó a los persas en la batalla de Micala, en 479 a.C., al mando del contingente ateniense. Arriba, arqueros persas. Relieve. Museo del Louvre.

¿UN POLÍTICO SINCERC

Los subsidios que la democracia concedía al pueblo ateniense y el talento de



SERVIDOR DEL ESTADO, CORRUPTOR DEL PUEBLO

PERICLES INSTITUYÓ EL PAGO de un salario para quien desempeñase cargos públicos, a fin de que nadie quedara excluido de la vida política por ser pobre. Esta medida, decisiva para garantizar el éxito del régimen democrático, fue objeto de duras críticas por sus opositores. En textos antiguos, como el Pericles de Plutarco o la Constitución de Atenas, se dice que Pericles, de fortuna muy inferior a la del aristocrático Cimón (que utilizaba la suya para granjearse el favor popular), actuó así para garantizarse el apoyo del demos, el pueblo, al que corrompió. El filósofo Platón, en su Gorgias, escribió: «Pericles ha hecho a los atenienses perezosos,

cobardes, charlatanes y ávidos de dinero debido al establecimiento de un salario para los cargos públicos».

CERÁMICA CON EL NOMBRE DE CIMÓN, USADA PARA VOTAR EL OSTRACISMO DE ESTE POLÍTICO.



EL LÍDER ARISTOCRÁTICO

Según refiere Plutarco (autor de la única biografía de Pericles que nos ha legado la Antigüedad), el primer adversario político al que se enfrentó Pericles fue un hombre de enorme prestigio: Cimón, hijo de Milcíades – el vencedor de los persas en Maratón–. Era un general experimentado, cuyas victorias sobre los persas habían reforzado la posición

de Atenas en el Egeo. También era un hombre rico, y su generosidad le reportaba un gran ascendiente entre sus conciudadanos: dice Plutarco que «de los pobres podía entrar a ella [a su casa] el que quisiese, encontrando comida sin tener que ganarla con su trabajo, para atender solamente a los negocios públicos» (Cimón, X). De talante aristocrático, marchó al frente de la expedición que los atenienses enviaron en auxilio de los espartanos.

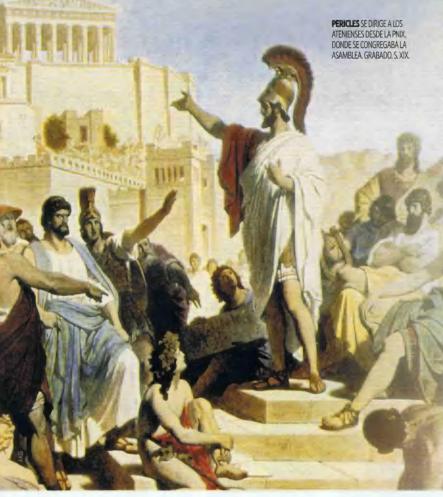
a petición de éstos, cuando en 464 a.C. un terremoto asoló su ciudad y la rebelión prendió entre sus esclavos. Según Plutarco, a la vuelta de esta expedición se le incoó un proceso de ostracismo, cuyo instigador sería Pericles, por ser «amigo de los lacedemonios y enemigo de la democracia» (Pericles, IX). Años más tarde, Cimón, ya rehabilitado, pereció combatiendo en Chipre, y el liderazgo del bando aristocrático pasó a Tucídides, hijo de Melesias.

fue, en realidad, una invención de Clístenes que se aplicó a políticos de uno y otro signo, como Arístides; Temístocles, el salvador de Atenas; el no menos prestigioso Cimón, y también el citado Tucídides, tal vez el adversario más crítico de Pericles. Este castigo también lo había sufrido años atrás Jantipo, el padre de Pericles, al igual que otros miembros del clan Alcmeónida.

Es muy significativo que ese procedimiento para desembarazarse de golpe de los rivales políticos nunca se aplicara contra Pericles, que fue, sin duda, el timonel más notable y más exigente en aquella ciudad tan dada a vaivenes y envidias políticas. Tal vez porque incluso sus adversarios sabían que el pueblo consideraba a Pericles como el más inteligente servidor de la polis, la ciudad estado ateniense, el más sincero defensor de la democracia y el más íntegro educador del pueblo. Después de su muerte, el historiador Tucídides afirmó que, en aquellos años de poderío y audaz expansión, la democracia conservaba su nombre, pero «era, en realidad, un gobierno del primer ciudadano» (II, 65). Porque Pericles realmente actuaba como un primer ciudadano, sin ningún rasgo despótico, sin el menor egoísmo personal,

O UN DEMAGOGO?

Pericles como orador le valieron la crítica de sus adversarios políticos



ORADOR SIN RIVAL, CAUDILLO POPULISTA

LA ELOCUENCIA DE PERICLES fue excepcional, como lo atestigua el apoyo continuado que su política recibió de la Asamblea ateniense, compuesta por miles de ciudadanos. Pero sus adversarios consideraron que la palabra fue uno de los recursos de que se valió Pericles para convertir la democracia en una tiranía (como habría hecho también con los salarios asociados a un cargo). Dice Plutarco: «La mayor parte del tiempo solicitaba las buenas intenciones del pueblo,

y le gobernaba con la persuasión y el razonamiento; pero a veces, cuando la multitud rechinaba, tiraba de las riendas y la llevaba por la fuerza a actuar como le convenía».

TETRADRACMA ATENIENSE. LA LECHUZA ES EL SÍMBOLO DE LA DIOSA ATENEA.



volcado totalmente al servicio de su proyecto de construir una Atenas magnífica y poderosa, una ciudad ideal por la que valía la pena luchar y morir, como la que evoca en su famoso discurso fúnebre durante el primer año de la guerra del Peloponeso contra Esparta (según el texto de Tucídides, que, sin duda, refleja bien sus ideas).

Al frente de Atenas

La primera aparición pública de Pericles fue como corego - organizador y mecenas - de las tragedias que el dramaturgo Esquilo presentó en las fiestas Dionisias del año 472 a.C. Por desgracia, tan sólo nos ha llegado uno de los cuatro dramas que compuso: Los persas. Es la más antigua tragedia griega conservada y trata de un tema singular, ya que no evoca un mito, sino un hecho histórico: la batalla de Salamina. Y lo hace de un modo sorprendente, a través de los lamentos de los antiguos combatientes persas, que lloran a sus muertos, y de su gran rey Jerjes, que se muestra como un héroe trágico, insensato y derrotado. El lamento por los muertos evoca el triunfo de los valerosos atenienses. Pero ningún griego es nombrado; la victoria es un esfuerzo colectivo de la democracia contra la barbarie asiática. Pericles contaba por entonces con algo más de veinte años y el hecho de que se hiciera cargo de los gastos de la representación indica que ya había sucedido a su padre Jantipo.

Fue a los treinta años, como era preceptivo, cuando inició su decidida entrada en política. Hacia el año 463 a.C. acusó a Cimón de mostrarse demasiado favorable a Esparta, al tiempo que colaboraba con Efialtes en su propuesta de limitar los poderes del Areópago. En ambos casos obtuvo éxito, ya que las competencias del aristocrático tribunal quedaron muy restringidas y en 461 a.C. se votó el ostracismo de Cimón, que no tuvo más remedio que exiliarse. Pero el vehemente Efialtes fue asesinado y Pericles se halló de pronto en primera línea de la política ateniense.

Desde entonces sostuvo una política muy firme: por un lado, afianzó la hegemonía de Atenas en la liga de Delos, convirtiendo esta alianza defensiva en un Imperio ateniense, intolerante ante cualquier intento de defección, y expandiendo la influencia ática en el Helesponto, una zona vital para el abastecimiento de Atenas y su comercio con el mar Negro. Por otro lado, Pericles favoreció la participación de todos los ciudadanos



EL DISCURSO FÚNEBRE

Corría el año 431 a.C. cuando los atenienses se congregaron en el cementerio del Cerámico, en Atenas. Allí, Pericles pronunció el llamado «Discurso fúnebre» con motivo de los funerales de los caídos en la guerra del Peloponeso, en la que Atenas contendía con Esparta, discurso que contiene un encendido elogio de la democracia ateniense.

Lo conocemos por la recreación que de sus palabras hizo el historiador Tucídides en sus Historias (II, 35-46), en un texto donde alienta el espíritu que animaba al político ateniense: «Disfrutamos de un régimen político que no imita las leves de los vecinos; más que imitadores de otros, en efecto, nosotros mismos servimos de modelo para algunos. En cuanto al nombre, puesto que la administración se ejerce en favor de la mayoría, y no de unos pocos, a

este régimen se lo ha llamado democracia; respecto a las leyes, todos gozan de iguales derechos en la defensa de sus intereses particulares: en lo relativo a los honores. cualquiera que se distinga en algún aspecto puede acceder a los cargos públicos, pues se lo elige más por sus méritos que por su categoría social; y tampoco al que es pobre, por su parte, su oscura posición le impide prestar sus servicios a la patria, si es que tiene la posibilidad de hacerlo».

en la Asamblea y otros cargos mediante una paga diaria de dos óbolos a los trabajadores como compensación por el trabajo desatendido. Aunque no era mucho, pretendía estimular la asistencia de los más pobres a tribunales y asambleas. A la vez, emprendió un ambicioso plan de embellecimiento de Atenas, con la reconstrucción de templos y estatuas en la Acrópolis, la colina sagrada de la ciudad, destruida por los persas en 480 a.C., y con la fortificación de los Muros Largos, que iban desde Atenas hasta los puertos del Pireo y Falero.

En su política exterior no vaciló en someter con dureza cualquier rebelión de los miembros de la liga de Delos, como la de la rica isla de Samos, que cayó tras un asedio de dos años (en 439 a.C.), y se enfrentó en duras batallas contra Esparta, Corinto, Egina y Beocia, hasta lograr un acuerdo de paz en 446 a.C.; un acuerdo previsto para treinta años, pero roto en 431 a.C. Su intento de un congreso panhelénico para tratar de conciliar a las ciudades griegas fracasó ante la negativa de Esparta a acudir. Fue significativo su empeño en fundar la ciudad de Turios, en el sur de Italia, una colonia panhelénica, democrática y libre, donde estuvieron el filósofo Protágoras y el historiador Heródoto.





Pericles convirtió Atenas en un centro cultural y de progreso. Allí disertaban famosos sofistas, y trabajaban grandes arquitectos y escultores como su amigo Fidias, a quien encargó la dirección de las obras de la Acrópolis. El pueblo acudía al teatro de Dioniso y ascendía en procesión festiva a la Acrópolis durante las sagradas fiestas de las Panateneas, en honor a Atenea. La decoración del Partenón mostraba no sólo escenas mitológicas, sino también, idealizadas, las siluetas de los atenienses, devotos de la diosa, magnífica guerrera y patrona de la inteligencia. La gran escalinata de los Propileos, el Odeón a los pies de la colina, el Partenón y la imponente estatua de Atenea revestida de oro (visible desde el cabo Sunion) eran un emblema que anunciaba la grandeza de la ciudad.

El final de un sueño

Los enemigos de Pericles intentaron socavar su prestigio con ataques a sus amigos más cercanos; acusaron con diversos cargos al filósofo Anaxágoras, al escultor Fidias y a la bella Aspasia, su compañera y amante tras el divorcio de su primera esposa. El filósofo tuvo que dejar Atenas acusado de ateísmo; Fidias, acusado del robo de oro, fue absuelto al no poder demostrarse la acusación; y las calumnias y chistes de los cómicos dañaron la reputación de Aspasia, pero no su afecto. Luego vino, imparable, la guerra con Esparta, y en 430 a.C., un pleito injusto que le obligó a un retiro forzoso: se le acusó de gasto excesivo, lo que conllevó una multa y la no elección como estratego ese año. Luego se desató la terrible peste en la Atenas asediada por el enemigo, y con ella llegó su muerte, en 429 a.C., que le ahorró asistir a los terribles desastres y la triste agonía y derrota final de su amada ciudad. Conservó siempre una actitud noble y tuvo el final brusco de un héroe trágico. Su desaparición significaba el fin de la más noble aventura democrática del mundo antiguo y de la más arriesgada apuesta democrática de todos los tiempos.

Para saber más

Pericles, el inventor de la democracia lossé, Espasa-Calpe, Madrid, 200

Vidas paralelas, vol. II (Pericles). Plutarco. Gredos, Madrid, 1998.

Pericles el ateniense

Rex Warner. Edhasa, Barcelona, 2002.

Dos ciudades en guerra

La democrática Atenas de Pericles y la militarizada Esparta se enfrentaron por la hegemonía de Grecia en la guerra del Peloponeso. Arriba, hoplita griego. Vaso del siglo V a.C.

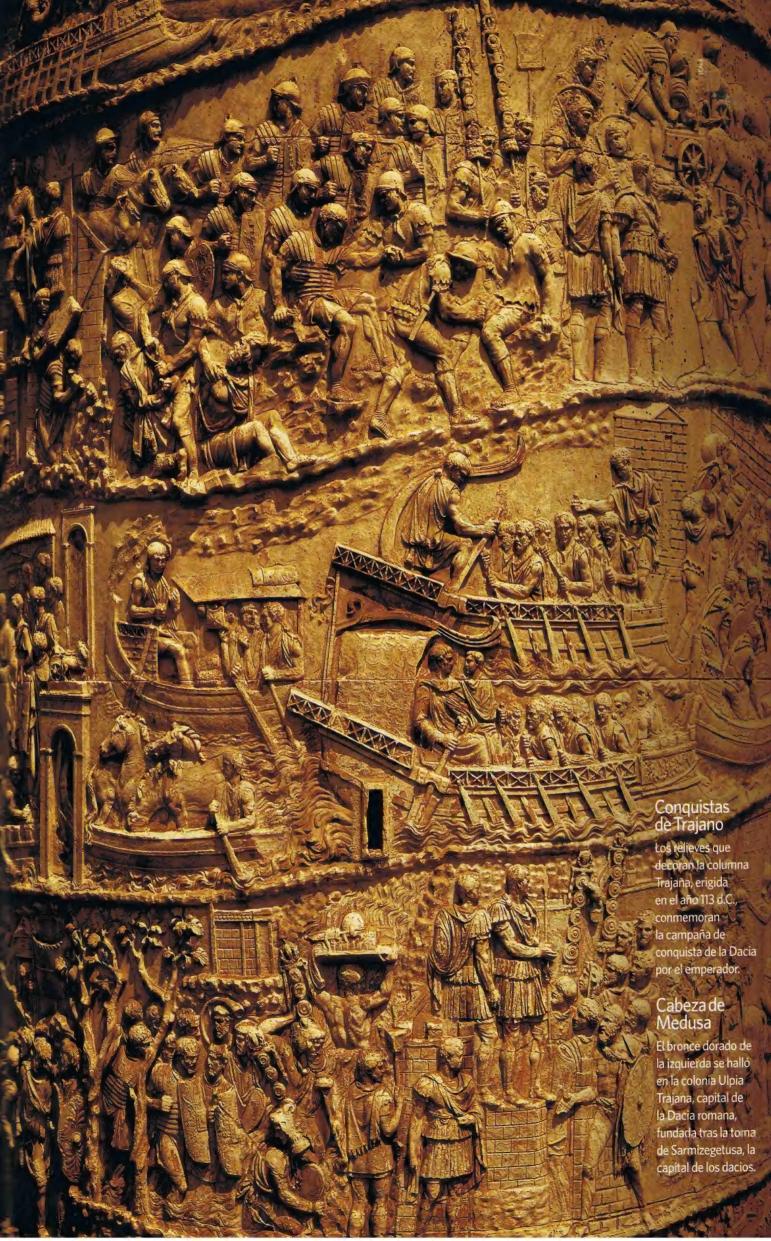
UN GENERAL HISPANO EN EL TRONO DE ROMA

TRAJANO

Ascendió al trono imperial, en el año 98, únicamente gracias a sus méritos personales, demostrados en la defensa de la frontera germana. Así al menos lo afirmaron sus panegiristas, convencidos de que Trajano inauguraba una nueva edad de oro en la historia de Roma

JUAN LUIS POSADAS
DOCTOR EN HISTORIA ANTIGUA







ptimus princeps, el mejor de los emperadores: así llama a Trajano el escritor y político Plinio el Joven en un *Panegírico* que fijó ante la posteridad su imagen de soberano ideal. En él, Plinio presenta a Tra-

jano como el emperador que ha de inaugurar una nueva época, tras decenios de guerras y despotismo; «los males del pasado ya no pesan sobre nosotros», dirá. Y, en efecto, en la tumultuosa historia

de los primeros emperadores de Roma, Trajano parece inaugurar un remanso de orden y paz interna. Pocos años antes, en el 96 d.C., el reinado de Domiciano había terminado en una vorágine de terror político, denuncias, exilios, ejecuciones y con el asesinato final del propio césar. El Senado, principal víctima de aquel gobierno, llevó al trono a uno de los suyos, Nerva, quien se ganó el favor de la élite romana con un gobierno moderado y casi republicano, pero hubo de enfrentarse a la oposición del ejército, en especial de la guardia pretoriana, que exigía el castigo de los asesinos de Domiciano; Nerva ordenó su ejecución después de que estallara una revuelta militar encabezada por el prefecto del pretorio, Casperio Aeliano.

Más allá de la oposición del ejército, la avanzada edad de Nerva y su falta de descendencia directa lo convertían en una figura de transición y enseguida se planteó quién habría de suceder-le. Fue entonces cuando las esperanzas de todos se pusieron en Marco Ulpio Trajano, un general de ascendencia hispana que había desarrollado una brillante carrera bajo Tito y Domiciano. De él se esperaba, como militar experimentado, que garantizase la defensa del Imperio, amenazado en las fronteras, pero también que restaurase el buen gobierno según el modelo de Augusto y las pretensiones de la aristocracia senatorial. Nerva, forzado quizá por el clan hispano de senadores liderado por el tarraconense Lucio Licinio Sura,

adoptó a Trajano cuando éste era gobernador de la Germania Superior. Trajano fue el primer emperador en ser adoptado por un predecesor que no pertenecía a su familia — ni siquiera a su familia política—. Además, según Plinio el Joven, Nerva le concedió el título de emperador: de esta forma se configuró una doble monarquía electiva, con un emperador civil y uno militar. Prueba de la independencia de Trajano es que ni siquiera adoptó el nombre íntegro de Nerva: era emperador por sí mismo, no por adopción familiar.

Un emperador modesto

Tras la muerte de Nerva en enero del año 98, Trajano asumió el poder de inmediato. Aunque inicialmente se entretuvo en Germania, su primera actuación fue enérgica y del agrado del Senado: convocó en el Rin a los pretorianos que habían presionado a Nerva exigiéndole el ajusticiamiento de los asesinos de Domiciano y los hizo ejecutar a su vez. Tras un año de ausencia, a comienzos del año oo hizo su entrada triunfal en Roma. Fue una entrada sin ostentación, con la que Trajano demostraba su voluntad de mantener la tradición romana de modestia. De hecho, su esposa Plotina dijo al acceder al palacio: «Entro aquí como mujer de la misma forma en que deseo salir». Esa actitud estaba pensada para complacer al Senado, al igual que otras de las primeras medidas del emperador, como rehusar el título de Padre de la Patria y no

CRONOLOGÍA

EL MEJOR EMPERADOR DE ROMA

53

Nace Marco Ulpio Trajano en el seno de la familia de los Ulpios. Su ciudad natal es Itálica, en la Hispania romana.

98

Es proclamado emperador a la muerte de Nerva, mientras se halla al frente de la Germania superior.

101-106

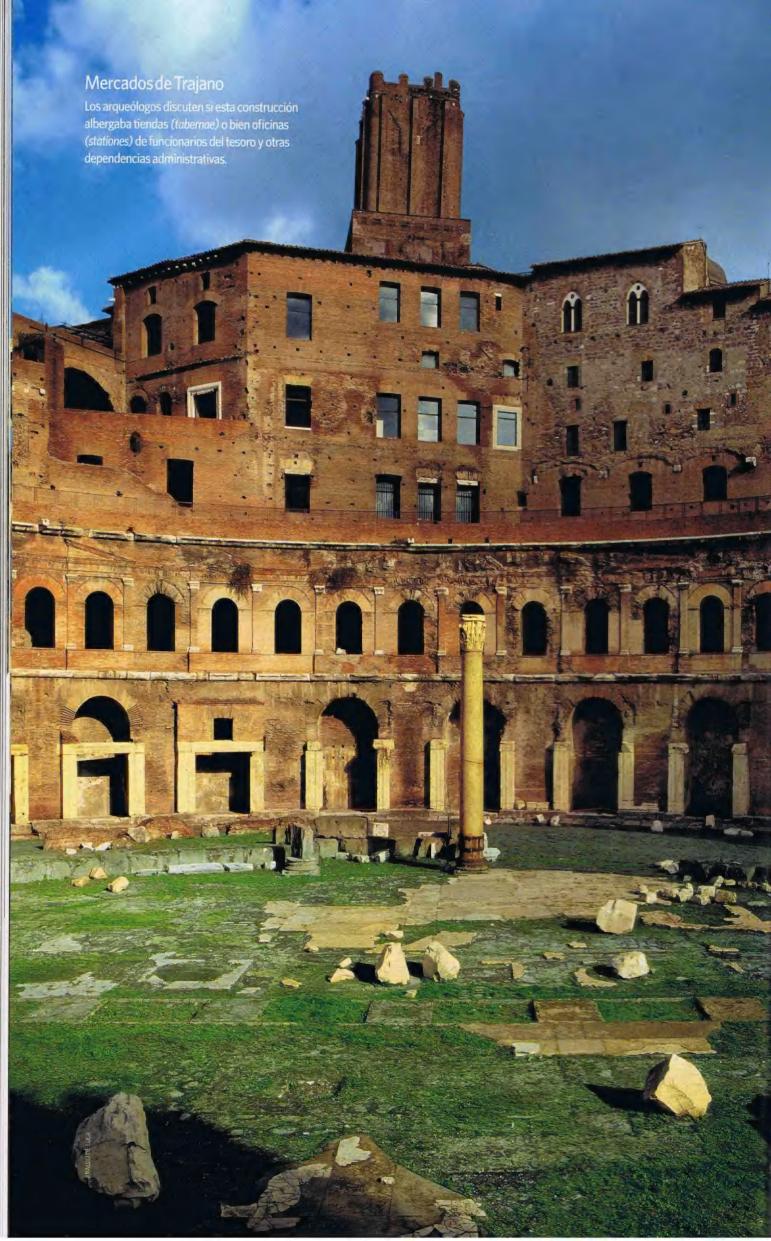
En dos campañas contra los dacios, Trajano somete al rey rebelde Decébalo y convierte Dacia en provincia romana.

112

Trajano promueve la construcción del foro monumental que lleva su nombre y eleva al Olimpo a su padre y su hermana.

114-117

El emperador conquista Armenia y toma Ctesifonte, capital de los partos. Muere en Selinunte, de camino a Roma.



EL TESORO DACIO Y LAS OBRAS DE LA CAPITAL

Las grandes obras públicas que Trajano emprendió en la fase final de su gobierno fueron posibles en gran medida gracias al ingente tesoro capturado durante la campaña de Dacia. Decébalo, el rey del país, viendo que su derrota era inevitable, ordenó ocultarlo antes de suicidarse. Pero un noble dacio reveló su emplazamiento a los romanos. Según un historiador

bizantino, Trajano se trajo a Roma 165.000 kilos de oro y el doble de plata - cifra que incluía el valor estimado de vasos, copas, ganado, armas y esclavos -. Con este capital, el emperador pudo financiar la construcción de su colosal foro en Roma. Pero la llegada de estas riquezas provocó una importante inflación y obligó a devaluar la moneda.

Conquistador de la Dacia

En la moneda de la derecha, Trajano luce una corona de laurel en alusión a sus triunfos en Germania y la Dacia. Colección de Jean Vinchon, París.

aceptar que se erigieran en su honor grandes estatuas, como habían hecho sus predecesores. Trajano quiso dar garantías de que el autoritarismo de Domiciano no se repetiría: renunció a la ley de lesa majestad (con la que Domiciano había acusado de traición a sus enemigos) y ordenó perseguir a algunos delatores que habían denunciado a muchos senadores en la fase final del reinado de Domiciano. También expulsó de Roma a los pantomimos, que tanto se habían desprestigiado adulando a Domiciano y riéndole las gracias.

El gobierno del emperador

En los primeros años de Trajano, esta actitud de modestia y la condena del régimen de Domiciano le ganaron el favor del Senado. Un escritor como Eutropio se felicitaba de que Trajano, «como emperador, se comportaba con los particulares de la misma forma que él querría que los emperadores se comportaran con él mismo como particular». Y el Senado colaboró activamente con su política, hasta el punto de que se ha hablado de un cogobierno de Trajano con el Senado, en el que este cuerpo tomaría para sí ciertas responsabilidades. Pero lo cierto es que Trajano no devolvió al Senado más que la apariencia de un gobierno conjunto, tras la que se escondía el paternalismo absolutista del soberano.

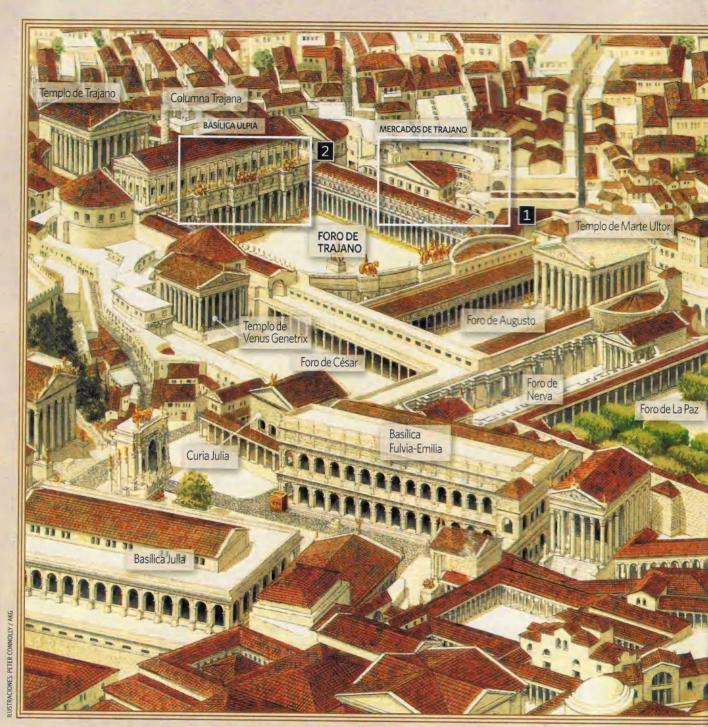
En efecto, el emperador poseía resortes de todo tipo para controlar a los senadores. Como ya había hecho Augusto más de un siglo antes, Trajano favoreció la entrada de nuevos senadores de su confianza en la asamblea, con lo que modificó sensiblemente su composición, tanto en lo relativo a la procedencia de sus miembros como a su posición social. Fue así como, durante su reinado, se constituyó un amplio contingente de senadores originarios de las provincias del Imperio (que representaron hasta un tercio del total de miembros de la Curia), entre los que destacaban, por su número, orientales e hispanos.

Asimismo, Trajano sustrajo parcelas importantes del gobierno de Italia al Senado y a la administración local. Sus altos funcionarios, como Plinio, eran senadores, pero fueron enviados como comisionados imperiales para resolver algunos problemas en las provincias que dependían del Senado. También fue en tiempos de Trajano cuando empezó a configurarse la carrera de cargos del orden ecuestre, el segundo estamento social en importancia tras los senadores. El emperador creó dieciocho procuratelas ecuestres, hasta alcanzar la cifra de ochenta (las procuratelas suponían el desempeño de funciones de administración en las provincias), y logró el apoyo a las compañías de publicanos, los recaudadores de impuestos. Todo ello habla por sí solo del proceso de centralización imperial que instituyó Trajano; proceso que no fue criticado hasta que se hizo más evidente bajo su sucesor, Adriano.

El mejor de los emperadores se apoyó en sus familiares y en sus amigos para dirigir la nave del Imperio mediante dos instituciones: la Corte o Aula Caesaris y el Consejo de gobierno o Consilium Principis. La primera de ellas estaba compuesta por los familiares directos del emperador: sus consortes, hijos, sobrinos y demás familia, así

EL FORO IMPERIAL

Obra del arquitecto Apolodoro de Damasco, el foro de Trajano, con unas dimensiones



1

Mercados de Trajano: un activo centro comercial

ALNOROESTEDEL FORO de Trajano, pero separado de éste por una elevada pared de bloques de toba, se construyó una serie de edificios escalonados, en la zona más baja de la ladera del Quirinal. Conocidos como Mercados de Trajano, constituyen un enorme complejo comercial pensado para dar abasto a las crecientes necesidades de la ciudad. Lo formaban 150 tiendas (tabernae) y oficinas imperiales, repartidas en cinco plantas comunicadas entre sí por escaleras y calles. Se accedía a las sucesivas plantas por tres niveles, situados a diferente altura.

2

Basílica Ulpia: la más grande de Roma

A DIFERENCIA de los otros foros imperiales, Trajano hizo construir en el suyo una gran basílica judicial en lugar de un templo. Era la más grande de las erigidas en Roma y la llamó basílica Ulpia en honor a su familia. Situada en el ala occidental del foro, estaba dividida en cinco naves con un ábside en cada extremo, y medía 170 metros de largo por 60 de ancho. La nave principal contaba con un friso de mármol con victorias aladas. En su fachada se desplegaban seis columnas jónicas, dispuestas de dos en dos, y sobre el entablamento, una cuádriga y figuras en pie.



DE HISPANIA A ROMA

Trajano fue el primer emperador romano de origen «extranjero», no sólo porque nació en la Bética, sino porque su familia era de ascendencia indígena; su caso fue típico del ascenso de los provincia es en el Imperio.

1. Descendiente de una familia turdetana

SEGÚN UN HISTORIADOR del siglo IV, Trajano era «natural de una ciudad turdetana». A veces se ha pensado que se refería a Tuder, en Italia, pero según la historiadora Alicia Canto se alude a la región de Turdetania, en la Andalucía occidental. Según Dión Casio y Herodiano, Trajano era un alloethnés y un externus: un hombre de otra raza y un extranjero.

GUERRERO DE OSUNA. RELIEVE DE PIEDRA CALIZA. SIGLOS
III-II A.C. MUSEO AROUEOLÓGICO NACIONAL. MADRID.



2. Iberos en una colonia de Roma

SE CREE QUE EL LINAJE turdetano de los Trahii, o Traii, se integró en Italica poco después de la fundación de la ciudad por los romanos en 205 a.C., junto a un enclar e turdetano preexistente. En un pavimento de mosaico hallado en el foro viejo de Italica se menciona a un Marcus Trahius que era pretor de la ciudad hacia el 80 a.C. cuyo padre, llamado Gaius, ya era ciudadano romano. Tal vez era el cuarto o quinto abuelo del emperador Traiano

CABEZA DE DIOSA ADORNADA CON UNA TORRE FUETUNA O CIBELES), PROCEDENTE DE ITÁLICA MUSEO ARQUEDUDECO ENLA

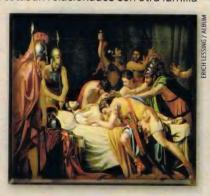


3. La alianza con la familia de los Ulpios

TRAJANO TAMBIÉN estaba emparentado con los Ulpios, un linaje italiota que residía en Itálica en 143 a.C., en tiempos de la guerra de Viriato, y que a su vez estaban relacionados con otra familia

itálica instalada en la ciudad, los Marcios. Según Alicia Canto, el padre de Trajano fue adoptado por un Ulpio después de casarse con su hija y heredera; de ahí el nombre de Marco Ulpio Trajano.

MUERTE DE VIRIATO. ÓLEO POR JOSÉ MADRAZO. 1814. MUSEO DEL PRADO



4. Marcha a la capital y promoción al Senado

TAL VEZ GRACIAS al enlace con los Ulpios y a la fortuna heredada, el padre de Trajano se trasladó a Roma poco después del nacimiento de su hijo en Itálica, en el año 53. No tardó en ser nombrado senador. Su caso no era raro; en época de Nerva, muchos miembros del Senado eran de origen hispano o galo. Trajano padre fue nombrado pronto pretor y procónsul de la Bética.

5. Hombres de confianza de los emperadores Flavios

EN LOS AÑOS 68-69, en la crisis política abierta tras el asesinato de Nerón, el padre de Trajano tomó partido por Vespasiano, el general que salió triunfante en la lucha por la sucesión. Gracias

a ello, en los años siguientes recibió toda suerte de honores: fue elegido cónsul en el año 70, patricio y censor en el 73 y, por último, procónsul de Asia en el 79. En esta última misión le acompañó su hijo, que se formó en el oficio militar desempeñando el cargo de tribuno laticlavio.

EFIGIES DE NERVA Y DEL PADRE DE TRAJANO. AÚREO ACUÑADO POR TRAJANO EN 112-114 D.C.

MARCO ULPIO TRAJANO REPRESENTADO COMO EMPERADOR 108 D.C. MUSEO DEL LOUVRE PARS



6. Adoptado por

Para agradecer los elogios del filósofo *Dión de Prusa*, el emperador lo subió a su carro triunfal mientras le decía: «No entiendo lo que escribes, pero te amo como a mí mismo»

como por los libertos imperiales, médico personal, secretarios y algunos amigos y miembros de las familias aristocráticas más renombradas. En la corte de Trajano, sin embargo, las que brillaban eran sus mujeres: su esposa, su hermana, su sobrina y sus sobrinas nietas. La emperatriz Plotina era, con mucho, la más influyente. Probablemente era familiar de Trajano y originaria también de Hispania (según la profesora Alicia Canto), e influía en su esposo en muchos aspectos y, desde luego, su papel fue decisivo en la designación de Adriano como sucesor. En contrapartida, cuando la emperatriz murió unos años después, su devoto cónyuge la elevó al Olimpo como diosa.

El Consilium Principis de Trajano estaba presidido por las figuras del abogado y senador Plinio el Joven y por el cónsul hispano Lucio Licinio Sura. Este Consejo servía a Trajano para mantenerse en contacto permanente y en buenas relaciones con el Senado, para preparar las candidaturas a los cargos y magistraturas del Imperio, para allanar el camino a las reformas legislativas y para amañar las sentencias judiciales que pudieran ser lesivas para los intereses del emperador. El Consilium se reunía en el palacio imperial, la domus Flavia, construida por Vespasiano y ampliada posteriormente por Domiciano, que se ve hoy día en el Palatino. Sin embargo, sabemos por una carta de Plinio que también se reunió alguna vez en la villa campestre de Trajano, que el historiador Mario Torelli sitúa en Civitavecchia.

Adulado como un dios

En su relación con el Senado, Trajano encontró en el abogado y senador Plinio el Joven un excelente colaborador. Sabemos de la relación de ambos por el Panegírico que Plinio escribió y por la correspondencia que cruzó con el soberano durante la misión imperial que llevó a Plinio a la provincia senatorial de Bitinia (en la actual Turquía). Además de Plinio, los consejeros más estrechos de Trajano fueron los hispanos Lucio Licinio Sura y Julio Urso Serviano. El primero, jefe del clan hispano y principal valedor de Trajano para su acceso al Imperio, actuó como lugarteniente del emperador durante sus ausencias guerreras de la capital. Tan grande era su confianza en él que, en respuesta a quienes acusaban a Sura de pretender su muerte, Trajano acudió a casa de su amigo, se sentó a su mesa, bebió y comió sin reparo, dejó que le atendiera el médico personal

de Sura y que su barbero le cortase la barba. Al día siguiente declaró, según Casio Dión: «Si Sura hubiera querido matarme, lo habría hecho ayer». A la muerte de este fiel amigo, acaecida en el año 110, le sucedió en su confianza el citado Urso Serviano, emparentado con Trajano.

Entre los aliados de Trajano no hay que olvidar a otro grupo que desempeñó un papel destacado en su reinado: los intelectuales. Fueron numerosos los escritores que se dedicaron a ensal-

zar el régimen y a defender la idea de que Trajano era un príncipe ejemplar, capaz y óptimo, que venía a inaugurar una nueva era, un nuevo siglo de prosperidad y expansión para el Imperio.

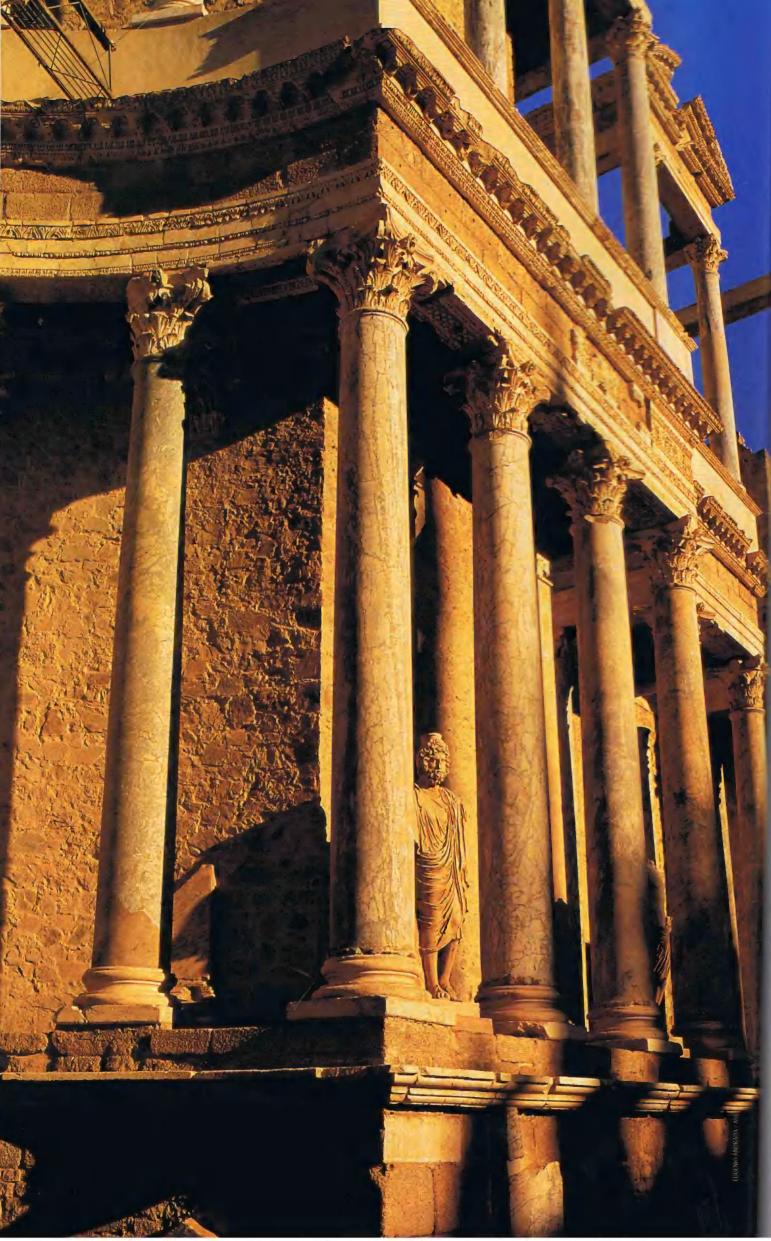
En Roma, además de Plinio el Joven, autores e historiadores como Tácito y Suetonio escribieron con tintes dramáticos sobre los emperadores anteriores a Trajano, con el ánimo de resaltar las diferencias entre aquéllos y éste, y de endulzar la imagen del nuevo soberano. Incluso satíricos como Juvenal parece que criticaron más la época de los Julio-Claudios y la de los Flavios que la suya propia, con lo que obtuvieron prebendas y cierto acomodo económico y social del que carecían antes del advenimiento de Trajano o del de Adriano. A ellos hay que sumar a autores griegos como Dión Crisóstomo y Plutarco, quienes contribuveron no poco a la ideología del régimen de Trajano. A Dión de Prusa, en particular, Trajano le tenía gran aprecio; se cuenta que, durante la celebración de su triunfo en la Dacia, le subió a su carro y cada dos por tres se volvía a él para decirle: «No entiendo lo que escribes, pero te amo como a mí mismo». Lo cual es significativo de las carencias culturales de Trajano, pero también de su aprecio por los hombres de letras.

Como no podía ser menos, la política de paternalismo imperial y de reafirmación del poder del soberano vinieron acompañadas por el desarrollo del culto imperial. Trajano empezó a ser identificado con Júpiter en las monedas y en los



La justicia de Trajano

En este óleo, pintado en 1848, Delacroix muestra al soberano impartiendo justicia antes de emprender su campaña contra la Dacia. Museo de Bellas Artes, Ruán.



Teatro romano de Mérida

Construido por Marco Agripa en el año 15 d.C., su fachada actual (a la izquierda) fue erigida en época de Trajano, baio cuvo gobierno la ciudad prosperó en todos los aspectos.

Adriano, elsucesor

Poco antes de morir, Trajano nombró sucesor a su sobrino Adriano (a la derecha, en un busto del Museo Capitolino. en Roma), que había quedado en Siria al mando del ejército.

EL FUNDADOR DE UNA DINASTÍA HISPANA EN ROMA

Edward Gibbon, en su Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano (1776), dio el nombre de «dinastía Antonina» a la serie de emperadores que van desde Nerva y Trajano hasta Cómodo (96-192). Para Gibbon, aquel fue «el período de la historia en el que la condición de la humanidad fue más feliz y próspera». Sin embargo, como ha observado la historiadora Alicia Canto, sería mejor hablar de dinastía Ulpia-Elia, pues todos los soberanos de este período estaban entroncados con los linaies hispanos de los Ulpios (el de Trajano y Adriano) y de los Elios. La excepción fue Antonino Pío, que fue adoptado por Adriano con la condición de que aceptara como sucesores a dos Elios: Marco Aurelio y Lucio Vero.

escritos de autores como el citado Dión de Prusa, que incitaba al emperador a «gobernar a su pueblo con justicia y equidad de acuerdo con la lev y el ordenamiento de Zeus». El mismo Dión comparó a Trajano con Hércules, «liberador del mal v pacificador», v con Alejandro Magno, para reforzar la imagen del emperador absoluto, pero paternalista, conquistador del Oriente. En Egipto, Trajano fue divinizado probablemente antes de morir. El proceso de divinización se extendió a los demás miembros de la familia imperial. En efecto, en el año 112 fueron elevados al Olimpo romano el padre del emperador, Ulpio Trajano, y su hermana, Ulpia Marciana.

Adiós a un comandante victorioso

Al tiempo que se divinizaba al soberano, se redobló la vigilancia para que los cultos extranjeros no pusieran en peligro la unidad espiritual del mundo romano. Así se explica la respuesta de Trajano a Plinio sobre la actitud a seguir con los cristianos, que se resistían a participar en el culto al emperador: «No han de ser perseguidos; si son denunciados y encontrados culpables, han de ser castigados; de tal manera, sin embargo, que quien haya negado ser cristiano y lo haga evidente con hechos, es decir, suplicando a nuestros dioses, consiga el perdón por su arrepentimiento».

Este Trajano divinizado por sus panegiristas, el soberano tan afable y modesto como celoso de su poder, fue, ante todo, un comandante militar. Sus guerras de conquista en Dacia, entre los años 101 y 106, y la ocupación del reino nabateo por parte del legado de Siria, Cornelio Palma, dieron

al Imperio romano la mayor extensión jamás alcanzada. Dión de Prusa destacaba en muy primer término las dotes marciales del emperador: «Inteligente en la comprensión del sistema de guerra y hábil en la manera de llevarlo a cabo; sabía muy bien cuándo atacar y elegía el momento preciso para la retirada; era un experto en preparar emboscadas y un maestro en las batallas campales; no sólo sabía muy bien cómo completar una victoria, sino también cómo manejar una derrota».

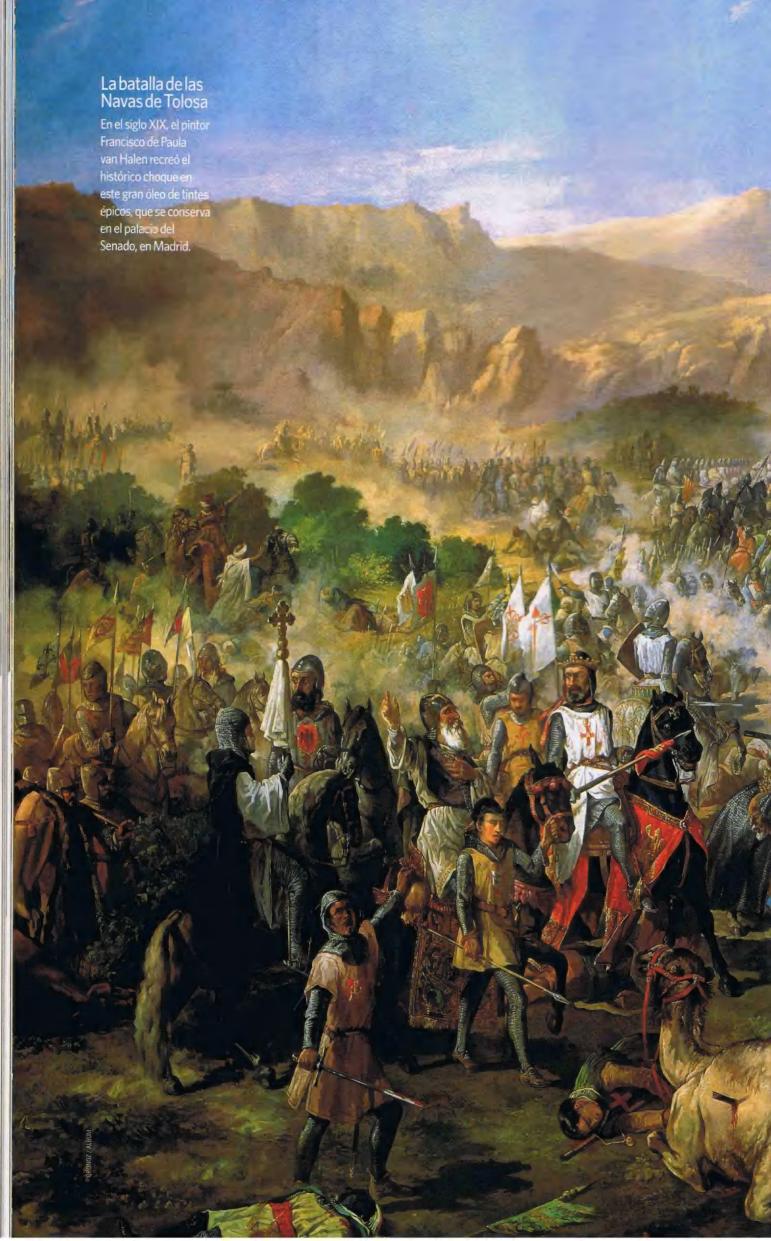
En el año 114, Trajano se lanzó a la conquista de Armenia – país que anexionó al Imperio como provincia- y de Mesopotamia, donde capturó la ciudad de Ctesifonte, capital del Imperio de los partos; en su avance llegó incluso a las puertas de Babilonia. Pero al año siguiente el emperador, va enfermo, tuvo que volver a Roma junto con su corte debido a las revueltas de los judíos de Cirenaica, Egipto y Chipre. Nunca volvió a ver la capital: en agosto del año 117 la muerte le sorprendió en Selinunte, en la provincia de Cilicia. La urna que contenía sus cenizas sería depositada en la basa de su columna triunfal, en Roma, en el foro que lleva su nombre.

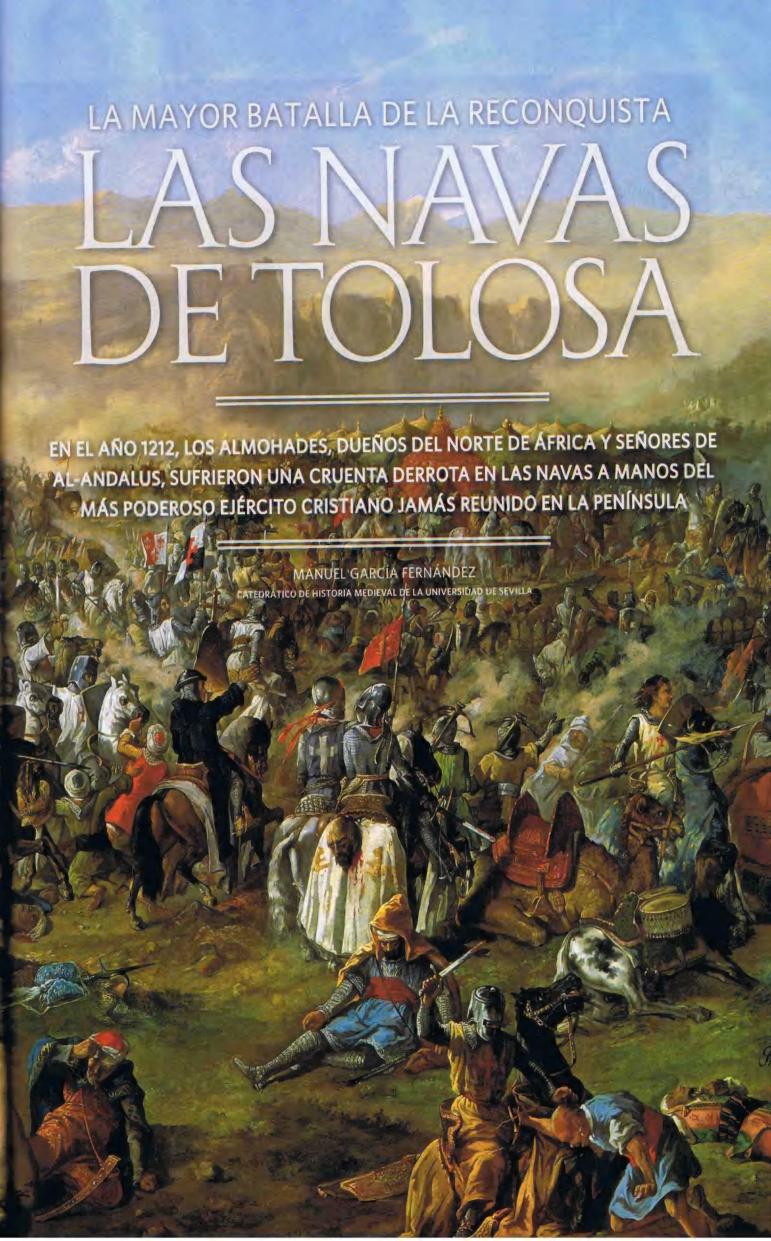
Para saber más

J. Alvar, J.M. Blázquez (eds.). Actas, Madrid, 2003.

TrajanoJ. M. Blázquez. Ariel, Barcelona, 2003.

Yo, Trajano Jesús Pardo. Planeta, Barcelona, 1991.







Castillo de Peñafiel

En un siglo y medio, la expansión de León y Castilla llevó las fronteras cristianas desde la cuenca del Duero, donde está Peñafiel, hasta la del Tajo. l lunes 16 de julio de 1212, un compacto ejército conducido por los reyes Alfonso VIII de Castilla, Pedro II de Aragón y Sancho VII de Navarra se enfrentó a los guerreros andalusíes y norteafricanos agrupados bajo el estandarte del califa almohade Abu Abd Allah Muhammad al-Nasir. El choque, que tuvo lugar en los llanos o navas próximos al puerto de Muradal, en Sierra Morena, quizás implicó a más de ciento cincuenta mil hombres y fue brutal y sangriento. Ya los contemporáneos lo consideraron como un acontecimiento militar extraordinario por su envergadura y, sobre todo, porque pareció marcar el retroceso definitivo de los almohades en al-Andalus.

¿Cómo se había llegado a entablar un choque de semejante magnitud? Para entenderlo, debemos retroceder hasta la segunda mitad del siglo XII, cuando la actuación militar cristiana en el centro de la Península estaba dominada por la necesidad de defender la frontera próxima al Tajo, que pivotaba en torno a Toledo. La debilidad y el aislamiento político de los cinco reinos cristianos peninsulares —Castilla, León, la Corona de Aragón, Navarra y Portugal— no permitían pensar en destruir a los almohades, entonces en el apogeo de su poder. Éstos, que sustentaban una interpretación rigorista del Islam, habían forjado un imperio norteafricano al que, desde mediados de aquella centuria, incorporaron al-Andalus.

CRONOLOGÍA

DE ALARCOS A LAS NAVAS DE TOLOSA El rey Alfonso VIII de Castilla sufre una aplastante derrota en **Alarcos** frente a las tropas almohades de Abu Yusuf Yaqub al-Mansur. Al año siguiente firma una alianza con el rey Pedro II de Aragón para detener a los almohades.

Tras el desastre cristiano de Alarcos, la orden militar de Calatrava, a la que los musulmanes habían arrebatado la fortaleza de la que toma su nombre, conquista el castillo de Salvatierra, enclavado en pleno territorio enemigo.

A pesar de sus diferencias, los Sancho VII el Fuerte de Nava Alfonso VIII de Castilla firma **Guadalajara** una tregua entre reinos por cinco años, lo que permite constituir un frente da ante la amenaza musulmana



En este escenario, los monarcas de los reinos cristianos no buscaron los grandes choques frontales. La batalla de las Navas de Tolosa fue una excepción, fruto de la estrategia del rey castellano Alfonso VIII, quien —con el beneplácito del papado, Navarra y la Corona de Aragón— ansiaba resarcirse de la dolorosa derrota que había sufrido el 19 de julio de 1195 en Alarcos ante el califa almohade Abu Yusuf Yaqub al-Mansur.

La catástrofe de Alarcos

Durante la segunda mitad del siglo XII, el avance de los almohades había difuminado la solidaridad de los reinos cristianos peninsulares frente el Islam, que tradicionalmente había liderado el poderoso reino de Castilla-León. Las rencillas políticas y los enfrentamientos dinásticos habían entorpecido la unidad necesaria para frenar a los almohades al sur del Tajo, del curso bajo del Ebro e incluso del Guadiana. Este conjunto de circunstancias explica la gravísima derrota de Alarcos.

En el año 1190 una expedición procedente de Toledo saqueó el valle del Guadalquivir en las cercanías de Sevilla, la capital almohade en la Península. Este incomprensible desafío de las fuerzas castellanas, que suponía la ruptura de las treguas firmadas meses antes con Alfonso VIII, enfureció sobremanera al califa almohade Abu Yusuf Yaqub, que abandonó su capital magrebí

Alfonso VIII de Castilla

Derrotado en Alarcos por los almohades, en 1195, buscó el apoyo de los reinos cristianos y del papado para desquitarse.

1209

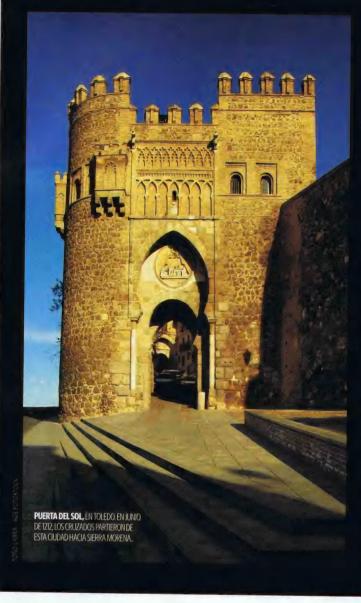
s reyes Alfonso VIII de Castilla y fonso IX de León acuerdan una gua en Valladolid. La paz en fronteras occidentales permite entrar los esfuerzos militares stianos en la frontera del Tajo, menazada por los almohades. El papa Inocencio III encomienda al arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada, la predicación de una **cruzada** que tendrá por escenario la península Ibérica. Quien participe en ella obtendrá privilegios, gracias e indulgencias. El ejército cruzado, liderado por Alfonso VIII de Castilla, marcha desde Toledo hacia Sierra Morena para enfrentarse a las tropas del califa almohade al-Nasir, que es vencido el 16 de julio en las Navas de Tolosa.



LA LARGA MARCHA HACIA EL SUR

Los almohades in afecto la Península en 1145 procedentes del Manuecos, tras asestar un golpe mortal a otro Imperio nortea ficano que la había dominado hasta poco antes: el de los almorávides. Hasta la llegada de los almohades, los reinos cristianos no habían cesado de extenderse a costa de las lamadas segundas taifas», los estados musulmanes que hab en surgido en al-Andalus

a raíz de la descomposición Castilla, Aragón y Navarra, del poder almorávide. Pero y por los contingentes que entre 1163 y 1184 el califa al-para esa campaña aportó mohade Abu Yusuf Yaqub la predicación de la cruzaunificó el Islam peninsular da. Las Navas no quebró el bajo su autoridad y frenó poder almohade, pero los la expansión cristiana. La problemas dinásticos de superioridad militar almo- los califas en Marruecos y hade frente a los cinco rei- los particularismos que surnos cristianos peninsulares gieron en al-Andalus acabaquedó patente en la batalla ron con la hegemonía de los de Alarcos (1195). La derrota almohades y favorecieron el almohade en las Navas, unos avance cristiano, de modo años después (1212) sólo fue que tras la década de 1240 posible por la suma del es- sólo perduraba un reino mufuerzo bélico de tres reinos: sulman: el de Granada.



El enemigo musulmán

Los almohades ocuparon al-Andalus en la segunda mitad del siglo XII. Abajo, moneda del primer califa almohade. Abd al-Mumin.

para responder a la provocación castellana. En junio de 1195 desembarcó en Tarifa para dirigirse a Sevilla, donde reunió un considerable ejército con el que se encaminó hacia Toledo.

Cuando las noticias de su avance llegaron a Alfonso VIII, éste reunió todas las tropas que pudo y marchó hacia Alarcos para evitar que los musulmanes alcanzaran el Tajo. El rey castellano consiguió atraerse la ayuda de Alfonso IX de León, puesto que el poderío almohade amenazaba a to-

dos por igual. Pero sin esperar la necesaria ayuda leonesa, y de manera un tanto impru-

dente, Alfonso VIII decidió presentar batalla a los almohades en los alrededores de Alarcos. Allí sufrió una estrepitosa derrota, tal vez por confiar ciegamente en la fuerza superior de su caballería pesada y menospreciar la más ligera y ágil caballería norteafricana.

En efecto, la caballería acorazada castellana cargó contra la vanguardia islámica, formada en gran parte por arqueros montados que tras disparar siguieron la táctica del tornafuye:

la huida fingida con la que se atraía al enemigo para desorganizarlo y sorprenderlo con un ataque repentino. Los cristianos alcanzaron el cuerpo central del ejército musulmán, que los contuvo hasta que se sumaron al combate nuevas fuerzas de caballeria: la vanguardia que antes se había retirado y los árabes situados en el ala izquierda del dispositivo almohade. Así inmovilizado el ejército castellano, sus adversarios realizaron un movimiento envolvente que les dio la victoria.

A resultas de su triunfo, los almohades se adueñaron de las tierras entonces controladas por la orden de Calatrava y de casi todas las fortalezas de la región, de forma que su camino hacia Toledo quedó despejado. Afortunadamente para Castilla, el califa volvió a Sevilla, donde tomó el título de al-Mansur, «el Victorioso por Alá». En los años siguientes abandonó sus asuntos en al-Andalus y regresó, enfermo, al norte de África, donde murió en 1199. Dos años antes, sin embargo, había firmado con Alfonso VIII una tregua de una década, necesaria para ambos contendientes: los almohades tenían que hacer frente a nuevas amenazas en el norte de África, mientras que el rey de Castilla tenía problemas con León y Navarra.





Alfonso VIII aprovechó la paz con los almohades para resolver sus disputas con sus vecinos cristianos. Pactó treguas con Alfonso IX de León para asegurar el flanco oeste de su reino, y luego cayó con todo su poder sobre los dominios de Sancho VII de Navarra, al que obligó a firmar la paz. Desde entonces, el rey castellano sólo vivió para preparar el desquite de Alarcos. Sorprendentemente, el nuevo califa almohade, Muhammad al-Nasir, había aceptado situar en la línea del Tajo la frontera con los reinos de Castilla y de León, a pesar de la inferioridad militar de éstos.

Aires de cruzada

La progresiva inhibición de los almohades en lo relativo a los asuntos de al-Andalus, derivada en gran parte de sus problemas en África, permitió a Alfonso VIII avanzar sus fronteras meridionales. Estos progresos no fueron el resultado de grandes campañas militares, sino de esfuerzos aislados, casi heroicos, como los de la orden de Calatrava, cuyos miembros ocuparon en 1198 el castillo de Salvatierra, en pleno territorio enemigo. En este marco de avances castellanos, muy pronto se abrió camino la idea de unidad de los reinos cristianos

peninsulares para combatir a los almohades bajo el liderazgo del soberano de Castilla. Así lo reclamaban el pontífice Inocencio III y el arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada.

Los proyectos de cruzada del papado desempeñaban un papel fundamental en la voluntad de desquite de Alfonso VIII, que ahora buscó reforzar las relaciones diplomáticas con los reinos cristianos vecinos. Importaba, en efecto, limar antiguas asperezas y contar con socios seguros. El monarca castellano ya se había aliado con Pedro II de Aragón en 1196 para defender la frontera del bajo Ebro, y entre 1207 y 1209 logró firmar treguas y tratados de colaboración militar con Sancho VII de Navarra, Sancho I de Portugal y Alfonso IX de León. De este modo, en aquel último año parecía que los cinco reinos hispanos estaban en paz y podían colaborar -como vivamente predicaba el arzobispo Jiménez de Rada - en la creación de un gran ejército cruzado contra los almohades.

Sólo había que provocar al enemigo islámico y prender la mecha de la guerra santa en al-Andalus. A ello se dedicaron Alfonso VIII y sus colaboradores, entre ellos Jiménez de Rada. En 1209, cuando expiraron las treguas firmadas con los



LAS NAVAS DE TOLOSA

El lunes 16 de julio de 1212, con las primeras luces del alba, el ejército cruzado abandonó su campamento en busca del enemigo, con el que se enfrentó en la mayor batalla campal de la Reconquista.

(1) Tres haces

El gran número de efectivos permite dividir el contingente cruzado en tres grandes haces, de tres líneas cada uno, dirigidos por los reyes.

(2) Medianera

La medianera o segunda línea de cada haz está dividida en dos grupos, o bien reforzada por los dos flancos (las fuentes difieren al respecto).

(3) Zaga

En esta tercera línea se sitúan los monarcas y el grueso de la caballería pesada, que será decisiva a la hora de romper el frente almohade.

(4) Infantería ligera

Formada en gran parte por voluntarios del Magreb que han respondido a la llamada a la guerra santa, su misión es frenar la carga enemiga. (5) Caballería árabe

Esta caballería ligera tiene por misión desorganizar al enemigo con ataques y huidas rápidas, y envolverlo durante la batalla.

(6) Infantería pesada

Cuadros de lanceros, arqueros y honderos forman una poderosa línea que debe absorber el impacto de la carga enemiga y desbaratarla.

(7) Centro

Lo forma el grueso de la caballería norteafricana (en el ala izquierda) y andalusí (en el ala derecha), apoyada por peones.

(8) Palengue

La tienda roja de al-Nasir está defendida por su guardia personal de esclavos negros unidos con cadenas, además de ballesteros y arqueros.





Comienza la batalla. Los cruzados descienden de su campament en la Mesa del Rey para tomar posiciones en el campo de batalla. L caballería ligera árabe los hostiga durante su avance, pero no logo desorganizarlos. La caballería pesada de la vanguardia cristiana carg y arrolla a la infantería ligera almohade (A), pero es detenida por infantería pesada del enemigo (B).



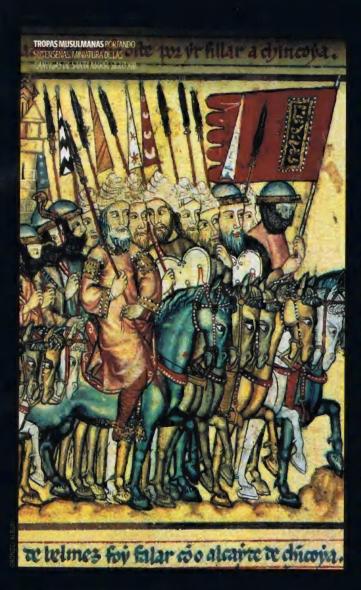




Situación indecisa. La segunda línea cristiana carga para apoyar a la vanguardia. Sus miembros logran mantener la formación, pero la situación es crítica. Parece que los cruzados (A) empiezan a ceder, y Alfonso VIII, preocupado, quiere cargar con la tercera línea cristiana en este momento, pero es disuadido de ello a la espera de que los musulmanes rompan su formación en el curso de su ataque (B).



Victoria cristiana. Carga final de la tercera línea cruzada, dirigida por los tres monarcas. Su empuje hunde el frente almohade y alcanza, puede que con un movimiento de tenaza (a), el palenque de al-Nasir, cuya guardia personal es superada por los cristianos. Pero el califa ya ha huido hacia Baeza (a) al advertir la derrota de sus tropas; los cristianos masacran a los musulmanes que huyen.



EL ESTANDARTE DE MIRAMAMOLÍN

Entre los objetos que engrosaron el botín de los vencedores de las Navas figura una tela que se conserva en el monasterio de Santa María la Real de las Huelgas, en Burgos, fundado por Alfonso VIII de Castilla y su esposa, que fueron enterrados allí. La pieza se conocía como el «pendón de Miramamolín» (así llamaban los cristianos al califa almohade Muhammad al-Nasir), por suponer que se trataba de

fuese un tapiz procedente de la tienda de al-Nasir. Lo adornan numerosas inscripciones de signo religioso: 1 No hay más Dios que Alá. y Mahoma es el enviado de Dios. 2 [Me refugio] en Alá para guardarme de Satán, el maldito. En el nombre de Alá. clemente y misericordioso, la bendición de Alá [sobre Mahoma y los suyos]. iOh, creyentes!, ¿quereis que os indique un negocio que os librará del castigo

un estandarte aunque quiza del infierno? Creed en Alá y en su enviado y combatid por Alá con vuestros bienes y vuestras personas. 5 Es lo mejor para vosotros, si entendierais. Alá os perdonará vuestros pecados y os hará entrar en jardines (de cuyo interior fluyen arroyos, y en las gratas moradas de los jardines del Edén. El poder, el poder, ® Salvacion eterna. (9) Loado sea Alá por sus dones Salvación eterna. Poder eterno, felicidad eterna.

Pedro II de Aragón

El rey deseaba mermar el poder musulmán, que desde Valencia v Teruel amenazaba sus dominios.

almohades, el rey se sintió lo bastante fuerte para atravesar el Tajo y atacar las tierras de Jaén y Baeza; mientras, en 1210, los miembros de la orden de Calatrava marcharon contra Andújar. Por su parte, Pedro II de Aragón, siguiendo el ejemplo castellano, penetró en las tierras castellonenses y se apoderó de varias poblaciones.

Después de este preludio bélico, los dos bandos se preparon abiertamente para la guerra. En los púlpitos de toda Europa occidental se predicó la cruzada contra los almohades para mayo de 1212; quienes participasen en ella obtendrían la plena remisión de sus pecados. Además, el papa Inocencio III anunció que excomulgaría a cualquiera que pactase con los mahometanos y

> ordenó a los reyes cristianos peninsulares que aplazaran sus discordias personales en favor de la magna empresa común de la Reconquista.

Para algunas crónicas islámicas, como el Rawd al-Oirtas de Ibn Abi Zar, ésta fue la razón que llevó al califa almohade Muhammad al-Nasir a abandonar Marrakesh e intervenir en al-Andalus.

En consecuencia, el choque que se avecinaba no sólo respondía a intereses políticos enfrentados, sino que incorporó sendos argumentos religiosos: a la «reconquista cruzada» de los reinos cristianos y el papado se opuso la vihad o guerra santa de norteafricanos y andalusíes.

El avance cristiano

La conquista almohade del castillo de Salvatierra, en septiembre de 1211, actuó como detonante del conflicto. Pero hasta casi un año después, el 20 de junio de 1212, no pudo partir definitivamente el ejército cruzado desde Toledo hacia Sierra Morena en busca de los almohades. Las tropas cristianas, que se habían concentrado en aquella ciudad entre el verano de 211 y la primavera de 1212, estaban compuestas por fuerzas muy diversas: desde mesnadas reales, huestes señoriales y fuerzas de las órdenes militares hasta milicias de los concejos castellanos, pasando por los «ultramontanos», como se conocía a los cruzados venidos de allende los Pirineos.

Tras la rendición de la fortaleza de Calatrava, el día 1 de julio, las severas medidas tomadas por el rey de Castilla para evitar el saqueo de esta pla-



za disgustaron a los cruzados europeos. Éstos, desilusionados por la renuncia forzada al botín prometido, abandonaron en su mayor parte el ejército, al que días más tarde se incorporó Sancho VII de Navarra con un limitado contingente de sus caballeros. Curiosamente, el avance cristiano hacia el interior de al-Andalus no topó con una resistencia importante, lo que facilitó la toma de Alarcos, Caracuel, Benavente y Piedrabuena.

El viernes 13 de julio los cristianos desalojaron a los almohades del puerto de Muradal, y éstos se replegaron hacia el sur, aunque no sin dejar fuertemente custodiado el angosto paso de la Losa, que debían atravesar los cristianos en su marcha hacia el sur. En ese punto, según refiere la Historia de los hechos de España de Jiménez de Rada, apareció providencialmente un pastor que les indicó un camino por el que podían evitar el desfiladero de la Losa. Atravesaron la sierra por el llamado paso del Rey y alcanzaron la meseta de las Navas. Allí comprobaron que, en el otro extremo del llano, los almohades, instalados sobre una elevación del terreno, les esperaban en posición de combate y controlaban los pasos meridionales hacia el valle del Guadalquivir.

Los cristianos, agotados tras largos días de marcha, se instalaron a su vez en otra altura, la Mesa del Rey. Los almohades intentaron provocarles y recurrieron al tornafuye, la especialidad de la caballería ligera andalusí y norteafricana. Sus jinetes libraron algunas escaramuzas con caballeros cristianos, pero la estrategia de Muhammad al-Nasir fracasó por la prudente actitud que en esta ocasión adoptó Alfonso VIII. Los almohades habían planteado la lid como una repetición de Alarcos, pero esta vez ni el número de las tropas ni las características del terreno les serían propicios: el ejército cristiano era demasiado numeroso para proceder a una maniobra envolvente que, por otra parte, se veía dificultada por la escasa amplitud del campo de batalla.

El momento decisivo

Aunque las crónicas islámicas hablan de seiscientos mil combatientes cristianos y las castellanas se refieren a casi quinientos mil jinetes musulmanes, estudios más actuales cifran los efectivos almohades en torno a cien mil combatientes entre peones y caballeros, y los cristianos en poco más de diez mil caballeros, en su mayor

EMARTÍN ALHAJA O SAN ISID

EL EXTRAÑO PASTOR DE LAS NAVAS

¿Quién fue el pastor de Sierra Morena que enseñó a Alfonso VIII un camino expedito hacía la Mesa del Rey, donde estaban los musul manes? El arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada, testigo directo del suceso, lo califica como un «rústico» del lugar en su Historia de los hechos de España: un hombre del campo, «escoria del mundo», de los que a veces se sirve Dios para ayudar a los suvos. La Crónica latina

de los reyes de Castilla habla oa, le da el nombre de Marde un enviado divino «bajo la figura de pastor», y Alfonso VIII, en la carta que envió al papa Inocencio III para notificar la victoria, alude a «un rústico que Dios nos envió impensadamente». En el siglo XIII, la Estoria de Espanna de Alfonso X insiste en que el rústico era un «ángel mandadero de Dios», sin cuya ayuda no hubieran vencido los cristianos. Ya en el siglo XVI, Gonzalo Argote de Molina, en su Nobleza de Andalu-

tin Alhaia, señala que recibió grandes mercedes reales y que por él desciende el linaje los Cabeza de Vaca. Porfin, enel siglo XVII, san Isidro releva al pastor como protagonista: Ximénez Patón, en su Historia de la ciudad de Jaén. refiere este diálogo entre el pastor y el monarca: «El rey le preguntó quién era; y él le respondió. Yo soy Isidro doctor de las Españas y sucesor en ellas en la predicación del Apóstol Santiago».



Fernando III el Santo

Rey de Castilla y León, logró la rendición de Sevilla, capital almohade, en 1248, tras un duro asedio. Abajo, moneda con la efigie del rev.

parte caballería acorazada, y cerca de cincuenta mil peones. Incluso admitiendo las cifras más modestas, parece evidente que el choque de las Navas se debió de contar entre los más espectaculares de la historia medieval peninsular por el número de combatientes de ambos bandos.

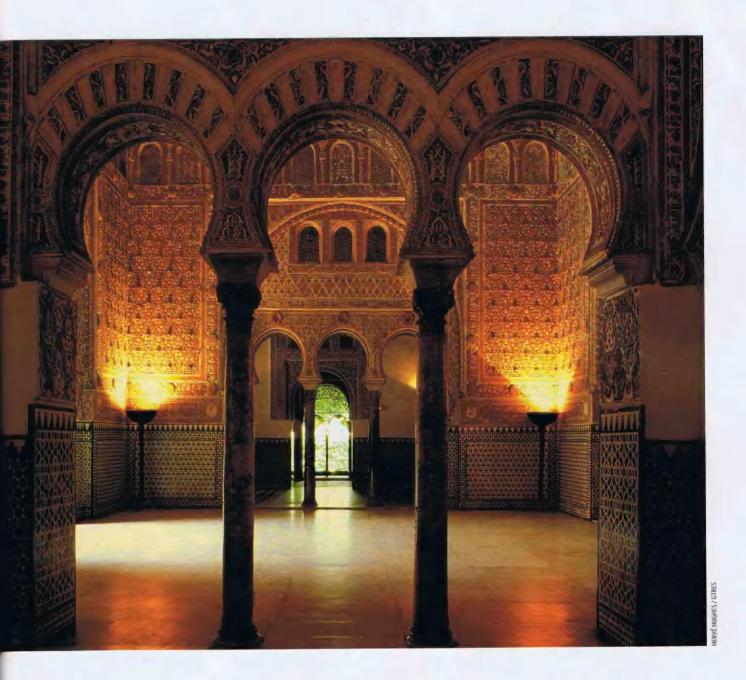
Ahora bien, los caballeros cristianos estaban mejor armados que los musulmanes, especialmente en lo tocante al armamento defensivo

> mos de metal y de cuero, cotas de malla y escudos. La panoplia ofensiva comprendía lanzas y espadas para los caballeros, y alabardas, arcos y cuchillos para los infantes. Por parte musulmana, el armamento defensivo se limitaba prácticamente al escudo de madera o de cuero. Sus peones, muy nume-

rosos, iban provistos de lanzas y espadas, pero sobre todo contaban con arcos, para frenar la carga de los caballeros cristianos.

Al amanecer del lunes 16 de julio los contendientes se encontraron frente a frente en el espacio que separaba sus respectivos campamentos. En el centro del ejército cruzado se situaron los castellanos, con el rey Alfonso VIII y el arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada; Pedro II de Aragón se colocó en el flanco izquierdo con sus tropas, y Sancho VII de Navarra y las milicias municipales castellanas se ubicaron en el flanco derecho.

Por su parte, los musulmanes pusieron en vanguardia las tropas de élite bereberes -los voluntarios de la fe-, compuestas básicamente por arqueros cuya misión era, como se ha dicho, desordenar los envites de la caballería pesada castellana. Y en los flancos laterales situaron la caballería ligera almohade y andalusí, que debía hostigar por los flancos al ejército cristiano, para desorganizarlo. Frente al dispositivo almohade, la estrategia cristiana consistió en resistir por los flancos a la caballería enemiga y lanzar ataques continuos en oleadas por el centro para impedir maniobras envolventes de los musulmanes. Este planteamiento favoreció a la larga el éxito cristiano, pues en la lucha a distancias cortas los temibles arqueros bereberes eran inoperantes.



La carga inicial de la vanguardia cristiana arrolló a los bereberes de la primera línea almohade, pero fue detenida al alcanzar el cuerpo central del enemigo. Cargó entonces la segunda línea cristiana, en auxilio de la primera, y se produjo una situación indecisa que resolvió la decidida carga de la tercera línea cristiana, ordenada por el rey de Castilla. Su ímpetu, sumado al empuje del rey de Aragón y al del soberano de Navarra, que destrozó las defensas del palenque —el campamento donde al-Nasir, sosteniendo el Corán, presenciaba la batalla—, hizo rotunda y definitiva la victoria cristiana al precipitar la fuga del califa almohade, que abandonó a sus tropas y huyó hacia Baeza.

Así explica el Rawd al-Qirtas lo acaecido: «Al-Nasir seguía sentado sobre su escudo delante de su tienda, y decía: "Dios dijo la verdad y el demonio mintió", sin moverse de su sitio, hasta que llegaron los cristianos junto a él. Murieron a su alrededor más de diez mil de los que formaban su guardia; entonces un árabe, montado en una yegua, llegóse a él y le dijo: "¿Hasta cuándo vas a seguir sentado? ¡Oh, Príncipe de los Creyentes! Se ha realizado el juicio de Dios, se ha cumplido su volutad y han perdido los musul-

manes"». Con el asalto al palenque y la huida del califa comenzó una verdadera carnicería que sólo terminó al caer la noche: los cristianos dieron caza sin piedad a los musulmanes fugitivos, hasta el punto de que, según escribió Alfonso VIII al papa Inocencio III, «matamos más durante la persecución que durante la batalla».

Las consecuencias

Tan solo unos días después de las Navas, el rey de Castilla entraba en Baños de la Encina y Vilches, ya en Andalucía. La ciudad de Baeza fue incendiada, y Úbeda, tomada al asalto por los aragoneses, se convirtió en un montón de ruinas. Cumplidos sus objetivos militares, el rey de Castilla abandonó Sierra Morena. Se había escrito el capítulo de la Reconquista que mayor resonancia tuvo en las centurias posteriores.

Para saber más ENSAYO Las Navas de Tolosa Francisco García Fitz. Ariel, 2005.

La batalla de las Navas de Tolosa. Historia y mito. Manuel Gabriel López Payer y Maria Dolores Rosado llamas. Almena, 2002.

El lunes de las Navas Carlos Vara Thorbeck, Universidad de Jaén, 1999.

Reales Alcázares

Tras la conquista de Sevilla por Fernando III el Santo, este conjunto de edificios y patios se convirtió en alojamiento real. Arriba, palacio erigido por Pedro I en 1364. EL REY SOL TOMA EL PODER

LUIS XIV

A los 13 años era ya rey de Francia de pleno derecho. Pero fue una década después, en 1661, cuando Luis XIV tomó las riendas del gobierno y proclamó: «El Estado soy yo»

MARÍA LARA MARTÍNEZ

PROFESORA DE HISTORIA
UNIVERSIDAD A DISTANCIA DE MADRID





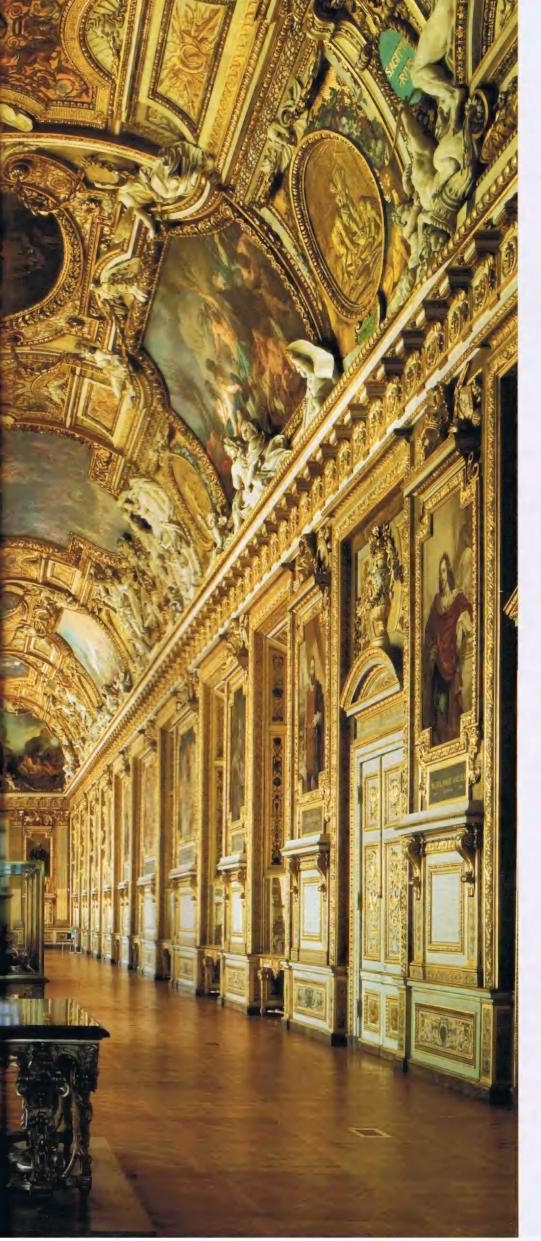
uando, el 10 de marzo de 1661, Luis XIV reunió a sus ministros y les anunció que en lo sucesivo gobernaría por sí

mismo, en un primer momento la reacción fue de incredulidad. A los 23 años, Luis llevaba diez actuando como soberano, pero siempre a la sombra de su madre, Ana de Austria, y del favorito de ésta, el cardenal Mazarino. Hasta entonces no había destacado más que por su gusto por el boato y sus devaneos amorosos, y no había mostrado un excesivo interés por los asuntos políticos. Al fallecer Mazarino, todos creían que Luis delegaría la carga del gobierno en otro ministro de confianza. Pero pronto hubieron de desengañarse. El anuncio de 1661 no fue simplemente el buen propósito de un día, sino que inauguró un largo reinado en el que el rey ejerció una autoridad personal indiscutida y llegó a ser admirado y temido a partes iguales en Francia y en toda Europa.

La sorpresa de los cortesanos ante esta determinación de Luis XIV derivaba en buena medida del hecho de que el soberano había recibido una educación un tanto deficiente. El duque de Saint-Simon se hizo eco de ello en sus Memorias: «La inteligencia del Rey era mediana, pero era muy capaz de formarse... Todo el mal le vino de fuera. Su primera educación se abandonó por completo y nadie se atrevía a aproximarse a sus aposentos. Frecuentemente se le ha oído hablar de estos tiempos con amargura, hasta el punto de que contaba que una tarde lo encontraron caído en el estanque del jardín del Palais Royal, de París, donde entonces estaba la corte».

En su infancia, Luis hacía ejercicios físicos al aire libre, con un componente guerrero que era habitual en la educación de los príncipes. Marie Du Bois, ayuda de cámara del monarca, lo recordaba así: «El rey se divertía frecuentemente en su pequeño fuerte, atacándolo y defendiéndolo u obligando a hacer instrucción a su compañía de mosqueteros, que se componía de todos los jóvenes príncipes y señores de la corte». Tampoco faltaban los paseos, la esgrima, la equitación y las cacerías. En cambio, su formación intelectual dejó bastante que desear. Aunque se inició pronto en el estudio de idiomas (francés, italiano, español y latín), matemáticas, geografía, dibujo y música, la revuelta de la Fronda en 1648, cuando tenía diez años de edad, interrumpió sus estudios,





La creación de un rey absoluto

Nace en Saint-Germain-en-Laye el futuro LUIS XIV, hijo de Luis XIII de Francia y de Ana de Austria, hija del rey Felipe III de España, tras veintitrés años de matrimonio.

Estalla la revuelta de la FRONDA contra Luis XIV, que huye de París con la corte. En 1651, el rey es proclamado mayor de edad, y dos años después sofoca la rebelión.

Durante las negociaciones de la PAZ DE LOS PIRINEOS se concierta su boda con María Teresa de Austria, hija de Felipe IV de España, con quien se casa al año siguiente.

Tras la muerte del CARDENAL MAZARINO, su mentor, el soberano llevará personalmente las riendas del Estado y toda decisión deberá contar con su beneplácito.

Luis XIV se muda oficialmente al palacio de VERSALLES. En este magnífico escenario, el rey será el centro de una de las cortes más fastuosas de Europa.

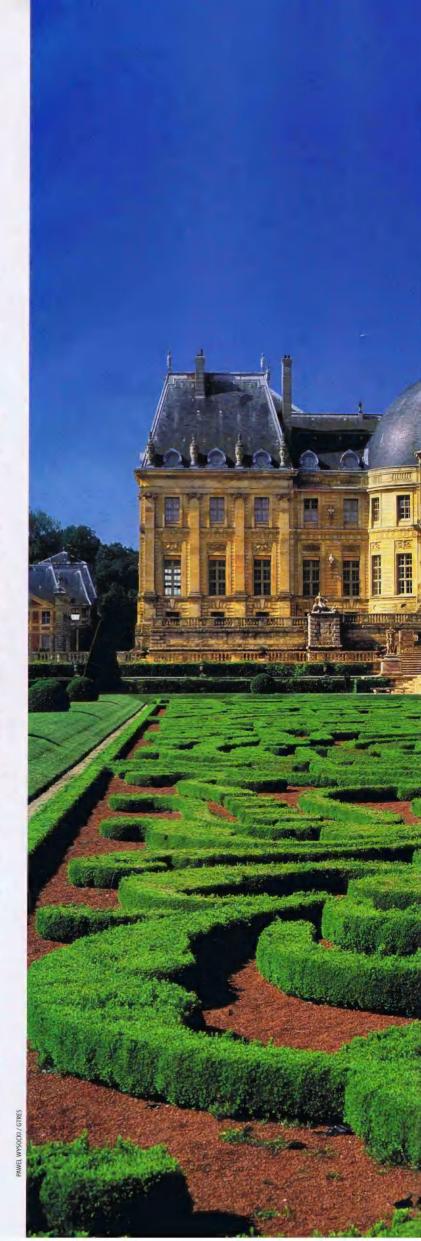
El rey muere en Versalles, a punto de cumplir 77 años. Le sobrevive su bisnieto, el DUQUE DE ANJOU, todavía un niño, que le sucede en el trono con el nombre de Luis XV. El recuerdo de la revuelta de la *Fronda* llevó a Luis XIV a apartar a la nobleza del *gobierno* y asumirlo en solitario en 1661

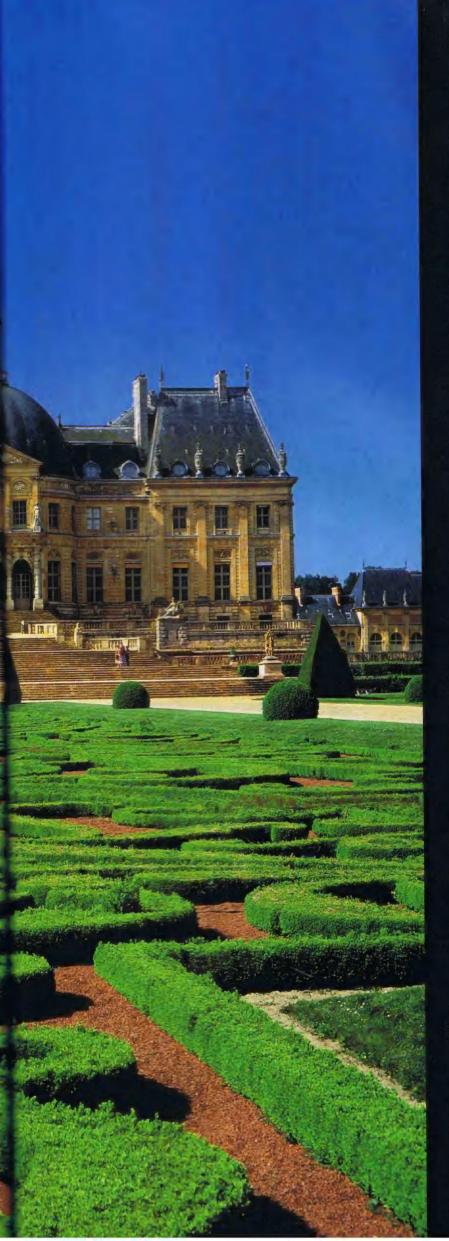
que luego ya no pudo reanudar con normalidad al ser declarado mayor de edad en 1651 y tener que consagrarse a los asuntos de Estado. Él era consciente de estas lagunas culturales y, mediante la programación de un extenso plan de estudios, trató de evitar que su heredero las padeciera.

La consecuencias de la Fronda

La Fronda, la guerra civil que asoló Francia entre 1648 y 1653, marcó profundamente la mentalidad de Luis XIV. El movimiento fue una reacción de la nobleza y otros grupos privilegiados contra las políticas centralizadoras y de exacción fiscal llevadas a cabo por Mazarino. En París hubo barricadas, asedios y batallas, al tiempo que en las provincias abundaron las revueltas y la guerra con España continuaba en la frontera. Pero el mayor trauma para el joven rey fue ver cómo la autoridad real y el prestigio de la monarquía eran arrastrados por el fango. Mazarino, víctima del odio general por su condición de extranjero y su avaricia, se vio obligado a dejar el país en 1651. La madre del rey, Ana de Austria, de origen español, tampoco se libró de críticas ofensivas en la infinidad de panfletos que circularon por el país. En el punto álgido de la revuelta, Ana se vio prácticamente secuestrada en el Palais Royal junto con sus dos hijos, Luis y su hermano pequeño Felipe. Para garantizar su seguridad, en enero de 1649 hubieron de escapar de noche, en una carroza con la que se trasladaron a Saint-Germain-en-Laye.

El recuerdo de aquellas ofensas a su dignidad de monarca y el espectáculo de ver a los franceses luchando entre sí quedaron grabados en el recuerdo de Luis XIV. Ahí nació su empeño por imponer la unidad y cohesión de Francia en los años posteriores. El deseo de evitar una nueva Fronda fue lo que lo llevó a alejar a la nobleza de los asuntos de Estado y asumir el gobierno en solitario, pues creía que si no había un ministro a quien culpar de manipular al rey sería más fácil mantener el orden. La Fronda también cambiaría el marco de vida del monarca. Con el argumento de que el Palais Royal sólo era una residencia particular sin siquiera un foso para defenderse, Luis XIV y su madre se mudaron al Louvre, palacio algo más resguardado del torbellino popular parisino. Pero pronto eso no fue suficiente y nada más asumir el poder personal, Luis XIV decidió buscar una residencia lo más alejada posible de París: Versalles.





UN NACIMIENTO «MILAGROSO»

En 1637, Luis XIII y Ana de Austria tenían 36 años. Llevaban veinte casados, pero no habían tenido hijos. El desapego que el misógino Luis mostraba por su esposa era la causa de la falta de descendencia.

A FINALES DE ESE AÑO Luis XIII quiso trasladarse a un lugar en las afueras de París, pero se vio sorprendido por un temporal. Un capitán de su guardia le propuso pasar la noche con la reina en el palacio del Louvre. Al principio, el monarca se negó: su esposa se acostaba demasiado tarde y su compañía lo aburría. Pero el capitán insistió hasta convencerlo. Ocho semanas más tarde las gacetas publicaban la nueva: la reina estaba embarazada. Algunos hablaron de «milagro», sobre todo después de que el 5 de septiembre de 1638 la reina alumbrara un niño, pues sólo los varones podían heredar la corona. Richelieu felicitó al rey con palabras premonitorias: «Creo que Dios, al daros este hijo, lo ha dado al mundo para realizar grandes cosas».



Palacio de Vaux-le-Vicomte

Construido por Nicolas Fouquet, intendente de Luis XIV, su esplendor despertó el recelo del monarca, quien ordenó el arresto de su ministro acusado de malversación de fondos públicos.

Ana de Austria, regente de Francia

A la muerte de Luis XIII, su viuda, Ana de Austria, asumió la regencia del reino anulando el testamento del difunto rey. Arriba, Ana y su hijo Luis XIV. Museo de Versalles.

PUNCERAN

Perdidamente enamorado de *María Mancini*, el joven rey tuvo que renunciar a ella para casarse con *María Teresa* de Austria

Luis XIV se formó como gobernante bajo la tutela de Mazarino. Durante la Fronda, éste se había tenido que exiliar, pero en cuanto Luis XIV alcanzó la mayoría de edad, en septiembre de 1651, lo primero que hizo fue alejarse de París en un viaje por el sudoeste de Francia y escribir a Mazarino para solicitar su regreso. En febrero de 1652, al frente de seis mil soldados, el cardenal marchó sobre la capital desafiando al Parlamento y el rey salió a su encuentro. En los años sucesivos, Mazarino fue para Luis XIV su maestro en el arte de gobernar; no en vano el monarca solía pasar dos horas diarias con el cardenal aprendiendo a tomar decisiones políticas.

El ayuda de cámara Marie Du Bois también da cuenta de la rutina diaria del joven rey en esos años. Por la mañana, cuando se despertaba, Luis XIV recitaba sus plegarias, luego estudiaba las Sagradas Escrituras o la historia de Francia y, una vez vestido, hacía ejercicios físicos, se instruía con Mazarino y saludaba a su madre. Después iba a cazar o se quedaba en el lugar, almorzaba y recibía a embajadores. Las tardes las dedicaba a pasear y asistir a comedias, y, después de la cena, a bailar y escuchar historias.

Amoríos y matrimonio de Estado

En ese ambiente de juegos y conversaciones con cortesanos de su edad, tenía que ocurrir que el joven rey conociera la pasión amorosa. Y fue el propio cardenal Mazarino quien proporcionó el detonante a través de sus tres bellas sobrinas, las hermanas Mancini, que había acogido en su casa. Luis fijó primero su atención en Olimpia, la mayor, pero ésta se casó en 1657 con el conde de Soissons. Tiempo después cortejaría a Hortensia, la menor y, según se decía, la más bella. Pero su gran amor de juventud fue María Mancini. Algunos testimonios, quizá tendenciosos, dicen que no era muy agraciada, pero en 1658 el joven rey se prendó de ella hasta el punto de pensar seriamente en el matrimonio. Ana de Austria se horrorizó ante el posible enlace con una mujer de rango inferior, y el propio cardenal -quien advertía lo inconveniente de que una sobrina suva deviniese reina de Francia - se dedicó durante meses a recordar a Luis cuál era su deber como rey: «Dios ha establecido a los reyes para velar por el bien, la tranquilidad y la seguridad de sus súbditos, no para sacrificar ese bien a sus pasiones particula-





res». Aun así, la reina madre y el cardenal permitieron que Luis escribiera cartas y más cartas a su amada, misivas que, por otra parte, eran abiertas y leídas sin conocimiento de éste.

En realidad, Ana de Austria y Mazarino tenían previsto otro partido para Luis: la infanta María Teresa de Austria, hija del rey Felipe IV de España. Se trataba de un enlace por conveniencia cuya preparación había exigido arduas negociaciones diplomáticas con las que se quería consagrar la paz entre España y Francia. La ruptura con María Mancini era inevitable, y ambos la aceptaron entre escenas lacrimosas y despedidas patéticas. El 7 de noviembre de 1659, al mismo tiempo que la paz de los Pirineos, se acordó en la isla de los Faisanes, en el Bidasoa, el enlace entre Luis XIV y María Teresa (1638–1683). La boda se celebró en San Juan de Luz el 9 de junio de 1660.

Aunque María Teresa de Austria no era una beldad, tampoco carecía de atractivo. Madame de Motteville, dama de honor de Ana de Austria, alababa su figura, la blancura de su piel, sus ojos azules, su dulzura y su vivacidad, y concluía: «A decir verdad, si tuviera algo más de estatura y una dentadura más bonita, merecería que se la colocase entre las más hermosas criaturas de Europa». A Luis no le disgustó su esposa cuando la vio por primera vez. Tuvieron seis hijos, aunque sólo el primero llegaría a la edad adulta. Según recoge la duquesa de Orleans, Luis mostró siempre consideración por «la bondad y el afecto sincero que la reina siempre le demostraba, a pesar de sus infidelidades». Infidelidades que comenzaron a las pocas semanas de su boda, cuando Luis inició una larga relación con Luisa de La Vallière, y que proseguirían de forma clamorosa, sobre todo tras la muerte de Ana de Austria en 1666.

Nace el rey absoluto

El 8 de marzo de 1661, Mazarino murió en Vincennes, cumplida su tarea de firmar la paz con España y negociar el matrimonio del rey. Todos hacían apuestas sobre cuál de los colaboradores del primer ministro lo sucedería en el puesto. Pero dos días después, a las 7 de la mañana, el monarca reunió al canciller Séguier y a los demás ministros y les dijo que si hasta entonces había permitido que el cardenal Mazarino llevara sus negocios, «ya es hora de que los lleve yo. Vosotros me ayudaréis con vuestros consejos cuando os los pida». Al canciller y a los secretarios les ordenó que no firmaran ninguna orden «sino por orden mía, v sin haberme hablado antes... ni siquiera un salvoconducto o pasaporte, sin que yo lo ordene...». En sus Memorias, Luis XIV declara que se

Tras arrestar a *Fouquet*, Luis XIV contrató a los artistas que habían trabajado en Vaux-le-Vicomte para realizar el palacio de *Versalles*

marcó el designio de «no tomar en ningún caso un primer ministro» y de mantenerse «informado de todo, de escuchar al menor de mis súbditos, estar al tanto en todo momento del número y calidad de mis tropas y del estado de mis fortalezas; dispuesto a dar órdenes incesantemente paratodas sus necesidades, a recibir y leer despachos, a responder a algunos de ellos por mí mismo, fijar el nivel de ingresos y gastos de mi Estado». Todo pasaría por sus manos, nada escaparía a su control personal. Sus ministros serían simples secretarios de extracción burguesa, sometidos a su voluntad, como Colbert y su hermano pequeño Croissy.

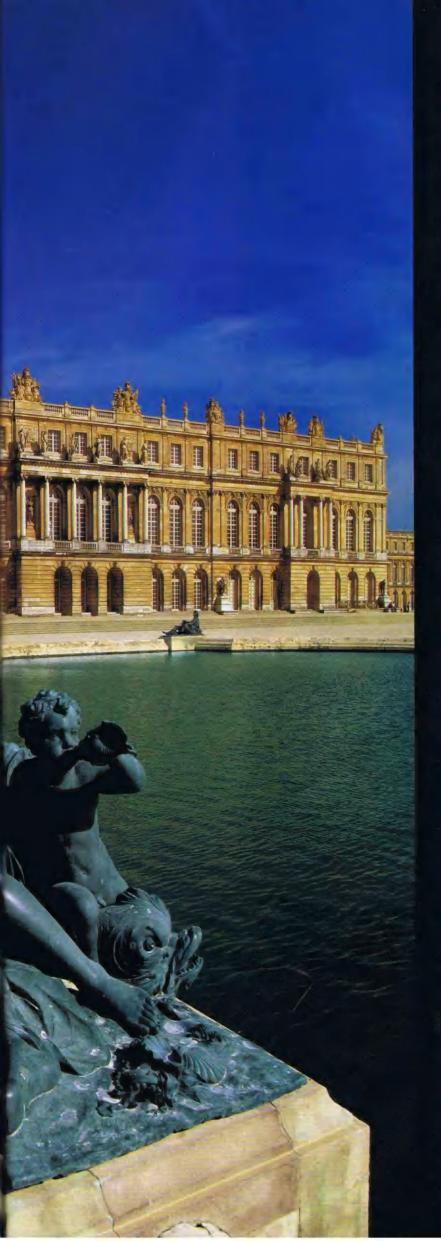
Así, en los meses siguientes, las gacetas propagaron la imagen de un rey completamente dedicado a las labores de gobierno. En sus páginas podía leerse que Luis se mostraba «infatigable en la conducción de los asuntos de Estado», que «el rey sigue cuidándose de sus negocios con una aplicación inigualable»; incluso al dar noticia de la participación del rey en una partida de caza, se aclaraba que aquello era sólo un momento de recreo frente a la «maravillosa asiduidad» que el soberano demostraba en las tareas de gobierno.

El peligro de eclipsar al rey

Aun así, algunos esperaban que al final el rev se cansaría. Y el que más esperanzas ponía en esa eventualidad era Nicolas Fouquet, un financiero que, gracias a la protección de Mazarino, había formado una importante red clientelar y reunido una enorme fortuna. A la muerte de Mazarino, Fouquet fue uno de los tres ministros que integraron el Consejo de confianza (Conseil d'en haut) de Luis, junto a Lionne y Le Tellier. Hombre ambicioso, astuto y amoral -no en vano había escogido como blasón una ardilla trepando con el lema Quo non ascendam?, «¿A dónde no ascenderé?»-, al asumir el cargo Fouquet tenía sus propios planes de amansar al soberano y convertirlo en un instrumento dócil para conseguir sus objetivos. Incluso llegó a utilizar a Olimpia Mancini, el primer amor del rey, para tratar de influir en él.

Pero, como expresaría en sus Memorias, Luis había aprendido a mantener separadas las cuestiones de Estado y las del corazón. Jean-Baptiste Colbert, antiguo colaborador de Mazarino, mantuvo constantemente informado al rey de los movimientos e intenciones de Fouquet, e incluso sugirió que estaba preparando una insurrección

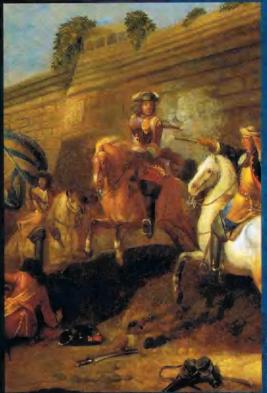




EL TRAUMA DE LA REVOLUCIÓN

Por su nivel de violencia y el peligro que corrió la dinastía reinante, la Fronda de 1648-1652 entrañó una crisis tan grave como la Revolución de 1789. El momento crítico se alcanzó a principios de 1651.

MAZARINO HUYÓ de París, de noche y disfrazado, abandonando a su suerte a la reina regente. Ana de Austria. El Palais Royal, donde residía ésta con sus dos hijos, estaba permanentemente rodeado por la multitud y vigilado por patrullas del cuñado de la reina, para impedir que la familia real volviera a escapar, como había sucedido en 1649. Hasta se colocaron cadenas y barricadas en las calles en torno al palacio, y un capitán de suizos permanecía de noche en el dormitorio del rey. Esta situación prácticamente de secuestro duró un mes, y el joven monarca, a sus 12 años, la percibió plenamente. Un testimonio recogía: «El rey parece odiar a aquellos que quieren rebajar su autoridad, y todo indica que se acordará largo tiempo de lo que le han hecho».



IE IMAGES - SCAL

Los jardines de Versalles

André Le Nôtre se encargo de la ampliación y embellecimiento de los jardines del palacio de Versalles desde 1661. A la izquierda, estanque de Neptuno, acabado por Luis XV en 1741.

La revuelta de la Fronca

Este óleo reproduce la batalla del Faubourg Saint-Antoine. Tuvo lugar en 1652 entre los ejércitos realistas y los rebeldes del príncipe de Condé, quien tomó y saqueó la ciudad de París. contra el monarca. Por su parte, Fouquet acumulaba las imprudencias. Primero vendió el cargo de fiscal general, que le proporcionaba importantes garantías jurídicas. Luego, en agosto de 1661, invitó al rey a una fiesta en su espléndido castillo de Vaux-le-Vicomte, que acababa de construir, y en el que había empleado a los arquitectos y artistas más renombrados del momento. La fiesta alcanzó cotas nunca vistas de lujo y derroche: durante la cena se emplearon centenares de platos de oro y plata macizos, hubo sesiones de música y teatro, jardines maravillosamente iluminados...

Luis XIV se sintió mortificado en su orgullo de rey, y vio en aquel despliegue la confirmación de las sospechas sobre la corrupción de su ministro. Dos semanas después ordenó a su capitán de la guardia D'Artagnan (modelo del célebre mosquetero de Alejandro Dumas) el arresto de Fouquet, acusado de malversación. Tras un largo juicio, fue condenado al destierro y a la confiscación de sus bienes; pero Luis XIV no se conformó con eso, sino que, valiéndose de su autoridad absoluta, ordenó su reclusión a perpetuidad. Fouquet murió en la prisión de Pignerol, en los Alpes, en 1680.

En lo sucesivo, Luis XIV no dejaría que nadie, ni en Francia ni en el extranjero, eclipsara su gloria. Tomó a su servicio a los artistas que habían trabajado en Vaux-le-Vicomte: el arquitecto Le Vau, el pintor Le Brun, el jardinero Le Nôtre, el músico Lully, sin olvidar a escritores a los que Fouquet había apoyado, como Molière. Todos ellos intervinieron en el gran proyecto artístico de su reinado: el palacio de Versalles. Modesta residencia estival en tiempos de Luis XIII, Versalles estaba a dieciocho kilómetros de París, en el «más triste e inhóspito lugar, sin vistas, sin árboles, sin agua ni tierra, pues no hay más que tierra y pantanos», según Saint-Simon. En pocos años, gracias al trabajo de miles de hombres en penosas condiciones a causa de la insalubridad del lugar, Luis lo transformó en un palacio pensado para impresionar al mundo, con sus jardines, estatuas, colecciones de pinturas y esplendorosas fiestas. Todo a la mayor gloria del monarca celebrado en su época como «el más perfecto modelo de los grandes reves», «nuestro Dios visible», «el monarca más poderoso del universo», o, simplemente, el Rey Sol.

Para saber más

ENSAYO Luis XIV David L. Smith. Akal, Madrid, 1994 La fabricación de Luis XIV

NOVELA

Los mosqueteros II: El vizconde Bragelonne Alejandro Dumas. Cátedra, Madrid, 2008.





EL MONARCA EN ESCENA

Luis XIV utilizó su presencia física como un arma de propaganda. Era apuesto, no era bajo para la época (con 1,60 m de estatura, algunos aduladores lo consideraban alto), y desprendía una sensación de vigor físico.

en los ballets que se organizaron en la corte francesa en las décadas de 1650 y 1660. Naturalmente, Luis no figuró en ellos por sus simples dotes de bailarín. El ballet era entonces un espectáculo rigurosamente codificado, que se celebraba en una sala de palacio y en el que participaban los cortesanos. El decorado, el vestuario y los argumentos de las obras estaban destinados a divertir pero también a realzar el prestigio y el poder del monarca. Por ejemplo, en 1653, en la representación del Ballet real de la noche, Luis apareció vestido de Apolo, el dios Sol, con una magnifica peluca dorada, triunfando sobre la oscuridad como la monarquía había vencido la rebelión de la Fronda.



Dormitorio real en Versalles

Las estrictas reglas de protocolo preveían que los cortesanos favoritos acudieran a ver levantarse y acostarse al rey. Éste llegó incluso a acordar audiencias en esta estancia (izquierda).

Luis XIV vestido de dios Apolo

Este grabado representa a Luis XIV disfrazado de Apolo, el dios Sol, para una obra teatral en la corte, en 1653. Desde entonces, el monarca forjó su imagen como sol naciente de Francia.

Sutton Hoo: el tesoro de un caudillo anglosajón

En 1939, el arqueólogo Basil Brown desenterró en Suffolk un barco funerario del siglo VII con un impresionante tesoro

os túmulos de Sutton Hoo, situados en Suffolk, en el sureste de Inglaterra, siempre estuvieron considerados como un lugar sombrío y siniestro que la población local prefería evitar. Estas elevaciones artificiales del terreno se asociaban con la muerte. pero las supersticiones locales no amedrentaron a Frank Pretty y su esposa Edith, que en 1926 adquirieron la propiedad donde se localizaban estos montículos. El matrimonio vivió felizmente en Sutton Hoo hasta la muerte de Frank en 1934.

Edith Pretty es un personaje algo controvertido; su apego a las teorías espiritistas, muy en boga en los años veinte, despertó su interés por los túmulos. Algunas fuentes indican que Pretty decía haber visto en sus suerecorriéndolos. En 1938 se trabajaba para el Museo copuso en contacto con el Mu-



seo de Ipswich y pidió que le enviaran a un arqueólogo para excavar la zona, convencida de que encontrarían un tesoro enterrado allí.

Aparece el barco

En el verano de 1938, el arqueólogo Basil Brown comenzó una excavación a pequeña escala en Sutton Hoo. Brown era un hombre hecho a sí mismo, experto en técnicas de excavación, pero sin formación académica. Cuando le enviaron a atender la ños una procesión funeraria petición de la señora Pretty mo técnico de excavación, y pensaba que lo más probable era que los túmulos hubieran encontraron un ajuar funera-

sido expoliados en el pasado. Su primera campaña confirmó sus teorías, cuando los túmulos 2, 3 y 4 aparecieron sin ningún tipo de ajuar funerario. Se recuperaron algunos artefactos arqueológicos, pero nada particularmente relevante.

Pero Edith Pretty no se dio por vencida y volvió a solicitar los servicios de Brown en 1939. Esta vez Brown excavó el túmulo más grande, conocido como túmulo 1, y lo primero que salió a la luz fue una sección de tierra dura con manchas de óxido y clavos a intervalos periódicos. Brown se dio cuenta de que lo que tenía delante era la huella de un barco, posiblemente vikingo. Junto con Charles Phillips, de la Universidad de Cambridge, que se unió entonces a la excavación, comprobó que los expoliadores habían intentado llegar hasta la cámara funeraria, pero sus cálculos habían sido erróneos. Gracias a ello, los arqueólogos

ESCENA de batalla representada en un fragmento de casco descubierto en el yacimiento anglosajón de Sutton Hoo, Siglo VII. Museo Británico.

rio intacto, con 263 piezas: una espada, lanzas, cubertería de plata, hebillas, una bolsa con 37 monedas, piezas de oro y un casco de máscara completa que nunca antes se había visto en el Reino Unido. Con todo el material en su contexto se llegó a la conclusión de que el vacimiento era de época anglosajona, entre los siglos VI y VII d.C., y no

1926

Edith Pretty y su esposo se instalan en Sutton Hoo y se hacen eco de rumores sobre tesoros allí ocultos

1939

Basil Brown empieza a excavar los túmulos de Sutton Hoo. Unos aparecen saqueados, pero el túmulo 1 revela un ajuar funerario único. 1946

El tesoro de Sutton Hoo vuelve a ser expuesto al público, después de haber sido guardado en el metro durante la segunda guerra mundial. 1965-1992

Continúan las excavaciones en Sutton Hoo. El último hallazgo, el túmulo 17, ha revelado el entierro intacto de un joven con sus armas.



de época vikinga, mucho más tardía. Pero el descubrimiento de Sutton Hoo no pudo que merecía: tan sólo un mes después del anuncio oficial del descubrimiento estalló la segunda guerra mundial.

A salvo en el metro

Los arqueólogos eran conscientes de que estaban ante el hallazgo más importante del mundo anglosajón y de la historia de Gran Bretaña. A pesar de la complicada situación que atravesaba el país, se creó un comité para decidir a quién pertenecía, ya que en el Reino Unido, si un tesoro es enterrado con la intención de recuperarlo, la las relaciones económicas del

propiedad recae en la Corona. En el caso de Sutton Hoo se decidió que quien había endisfrutar de la repercusión terrado el material no tenía intención de recuperarlo, por lo que la propiedad recayó en manos de Edith Pretty, quien lo donó al Museo Británico. Durante la guerra, el material fue almacenado en el metro de Londres para protegerlo de los bombardeos alemanes y no volvió a ver la luz hasta el 24 de abril de 1946.

Desde entonces se han llevado a cabo varias campañas de excavación, y el yacimiento ha sido estudiado a fondo por la comunidad académica. Su material arqueológico ha permitido analizar



UN NAVÍO SEPULTADO

SIN SER ARQUEÓLOGO profesional, Basil Brown realizó una impecable excavación en el túmulo 1. Cavó una franja de este a oeste y, al hallar unos remaches de hierro, excavó con cuidado hasta revelar la huella de un gran barco anglosajón, de 27 metros de largo.



sobre el complejo sistema político de la región.

El adiós a un héroe

La magnificencia del enterramiento ha llevado a numerosos académicos a establecer un vínculo entre el enterramiento del túmulo 1 y el poema épico anglosajón Beowulf, aunque en la actualidad esa conexión se toma con cierto grado de precaución. Beowulf es un héroe del pueblo gauta (próximo a los godos) que en su primer periplo ayuda al rey de los daneses. En el poema, compuesto entre los siglos VIII y XI d.C., aparece la descripción del enterramien-

mundo anglosajón con el tode Scyld Scefing, ancestro continente y ha arrojado luz de la familia real danesa. Según el poema, Scyld es enterrado en un barco, rodeado de tesoros, lo que sin duda recuerda al enterramiento de Sutton Hoo. Pero el barco de Scyld no se entierra bajo un túmulo, sino que se deja flotando en el mar.

> Puede que no exista una relación directa entre este poema y el enterramiento del dos pertenecen al mismo mundo de ideas y tradiciones. En ambos casos se estaincluye un viaje al Más Allá, y de que el difunto debe hacer frente a algún ritual que requiere la presencia de objetos Raedwall fue el primero de

del mundo de los vivos, como armas, dinero, cuernos para beber y una lira. El enterramiento de Sutton Hoo, al igual que otros enterramientos vikingos más tardíos, muestra que el mundo anglosajón tenía un concepto desarrollado de la otra vida, noción que se reafirmó con el paso del tiempo.

La tumba de un rey

túmulo 1, pero, sin duda, los Entonces, ¿quién está enterrado en Sutton Hoo? Es difícil establecer su identidad, ya que no se ha encontrado blece la idea de que la muerte ningún cuerpo. Las teorías apuntan a que debe tratarse de Raedwall, rey de Anglia del Este (600-624 d.C.).

los reyes anglos en convertirse al catolicismo, pero el cristianismo no apagó las fuertes convicciones paganas de su entorno. Raedwall estableció cultos paralelos: cristiano y a los dioses de los anglos. Los rasgos paganos del enterramiento del túmulo 1, así como la concordancia de las fechas, hacen de Raedwall un candidato perfecto para Sutton Hoo.

VERÓNICA WALKER VADILLO AROUEÓLOGA TEXTOS Para Beowulf y otros saber poemas anglosajones más Luis y Jesús Lerate (trad.), Alianza, 1999. INTERNET www.britishmuseum.org

Próximo número



EL SAQUEO DE ROMA POR ALARICO

ALIADO DE ROMA en su juventud. Alarico se proclamó rey de los visigodos en 396. Tras la muerte del emperador Teodosio empezó a actuar por su cuenta, invadiendo Grecia y amenzando Constantinopla. El general romano Estilicón le derrotó en varias ocasiones, pero tras la ejecución de éste por el emperador Honorio, Alarico se vio libre de su peor enemigo y avanzó por Italia sin oposición. Llegado a las puertas de Roma, en 410, Honorio se negó a negociar con él, v Alarico ordenó tomar y saquear la capital del Imperio de Occidente, lo que causó una profunda impresión en todo el Imperio.

Mastabas: las primeras tumbas egipcias

Durante el Imperio Antiguo, los nobles egipcios se hicieron enterrar en tumbas cada vez más grandes y bellamente decoradas, situadas junto a la pirámide de su soberano.

Assurbanipal, el esplendor asirio

Gran conquistador del Imperio asirio, Assurbanipal dio un gran impulso a las artes y a la cultura con la fundación de una importante biblioteca en Nínive, su capital.

Ricardo Corazón de León

Rey de Inglaterra y duque de Aquitania y Normandía, dejó ante la historia la imagen de un caballero intachable, aunque no todos sus contemporáneos lo vieron así.

Francisco Pizarro conquista Perú

Con poco más de un centenar de hombres se lanzó en 1530 a la conquista del Imperio inca, vasto y poblado pero incapaz de hacer frente a la superioridad armamentística española.